

PUNTO
ROJO

historia de amor y muerte

burton hare



B&B

COLECCIÓN

PUNTO ROJO





BURTON HARE

HISTORIA DE AMOR Y MUERTE

Colección PUNTO ROJO n.º 263

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal, B 9.615-1967

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1967

© BURTON HARE-1967

sobre la parte literaria

© JORGE NÚÑEZ-1967

sobre la cubierta

© PEÑA-1967

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

857.— ¡Maten a Carella!

863.— Trampa diabólica.

871.— Noche de terror.

En Colección PUNTO ROJO:

253.— ¡Inocente!

255.— Un *gangster* llamado Carella.

259.— Senda sin retorno.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

139.— Morir es fácil.

147.— Se necesita un cadáver.

155.— Destino: el infierno.

En Colección ALTO SECRETO:

3.— Cuidado, FBI, ¡peligro de muerte!

CAPÍTULO PRIMERO

El teniente Dugan abandonó su minúsculo despacho, entró en la sala de detectives y, acercándose al refrigerador, sirvióse un vaso de agua. Cuando hubo bebido, estrujó el vaso de papel y lo arrojó a la papelería con tanta fuerza que el joven Shikoski levantó la cabeza y le miró con el ceño fruncido.

—¿Hay algo que no va bien, teniente? —preguntó con su voz de bajo.

—¿Qué? Ah, no, nada...

Dio media vuelta y volvió a encerrarse en su cuchitril encristalado. El detective de primera Shikoski meneó la cabeza. No cabía duda de que el teniente estaba de mal humor.

Clay Dugan, dentro de su despacho, dio unos pasos de un lado a otro, se acercó a la ventana y se detuvo allí contemplando el deprimente espectáculo que se extendía ante sus ojos.

Era un hombre que alcanzaba los seis pies de estatura, de hombros anchos y cintura estrecha. Su cuerpo delataba una bien equilibrada fuerza, fruto del diario entrenamiento. Sobre un cuello grueso y corto se erguía una cabeza orgullosa de cabellos revueltos, aunque ante la ventana la mantenía abatida, en actitud de desaliento.

Lo extraño, pensó, era que no había motivo alguno para estar de mal humor. A veces le sucedía que su ánimo decaía verticalmente, sin razón aparente, y cuando eso sucedía, su humor acusaba el cambio y sólo la actividad lograba devolverle su acostumbrada vitalidad.

Lo malo de esos baches de mal humor era que los sufría también en la mentalidad, y su subconsciente emprendía derroteros extraños y sin sentido aparente que, por regla general, le retrotraían a tres años atrás, cuando todo era muy distinto...

En aquella época su apartamento no resultaba tan inhóspito y

frío, no estaba solo ni desordenado... Era un auténtico hogar. Precisamente, lo que torturaba su mente cuando se ponía a pensar en ello era el hecho de que hubiera dejado de serlo.

Quien dijo que los errores se pagan, tuvo toda la razón del mundo. El que él cometió entonces lo había pagado con creces.

Apartándose de la ventana, volvió al chirriante sillón y se dejó caer en él pesadamente. Distraído, manoseó algunos de los papeles que descansaban sobre la mesa. No se sintió con ánimos suficientes para ocuparse de ninguno de ellos.

Dorrie...

Ella había tenido la culpa de todo. De que se enamorase como un cadete, de que no supiera dominarla, de que su vida se convirtiese en un infierno...

Y de que la perdiera al final. ¿Es que no iba a olvidarlo nunca?

Empujó el sillón hacia atrás, basculándolo, y colocó los pies sobre la mesa. Echó de menos el trabajo. Por lo menos, la actividad le haría olvidar la desagradable obsesión. Casi deseó que se cometiera un crimen sólo para ocuparse de él.

En aquel instante sonó el teléfono. Haciendo una violenta contorsión, lo descolgó, recuperando luego la misma postura.

—Teniente Dugan al habla —gruñó rutinariamente.

Una voz suave, sensual, dijo:

—Hola, Clay.

Su mente necesitó hacer una pirueta para volver a la realidad. Y un escalofrío se extendió por sus miembros. Aquella voz...

—¿Quién habla? —indagó con voz ronca.

—¡Pero, Clay! ¿Es posible que no recuerdes mi voz?

—¡Dorrie!

No fue exactamente una voz humana lo que surgió de sus labios, sino una suerte de gemido, casi un suspiro.

—Claro que soy yo, Dorrie —dijo la voz—. ¿Qué tal estás, querido?

Tardó unos segundos en situarse mentalmente en el instante que vivía. Quitó los pies de la mesa y se enderezó.

—¿Por qué has llamado? —balbuceó.

—Ésa es una pregunta muy tonta, querido. Hay infinidad de motivos para que haya deseado hablar contigo, y no es el menos importante el deseo de oír tu voz de nuevo...

—Cambia de disco, Dorrie; si durante tres años no te has acordado de mi es absurdo que te hayan entrado ansias de oírme repentinamente.

—Te he dicho que ése es uno de los motivos. Hay otros, por supuesto.

—Ya, claro.

—Clay, no pareces alegrarte de oírme —le reprochó la lejana voz.

Él no replicó. Estaba realizando un terrible esfuerzo para controlar sus reacciones. Sentía vehementes deseos de mandarla al infierno, pero al mismo tiempo su corazón vibraba de nuevo al oír aquella voz que tanto había amado, y se sentía incapaz de retener el alud de recuerdos que le traía con su tono cálido y acariciante.

—Clay, ¿sigues ahí?

—Sí. Dime qué otros motivos tienes para haberme llamado. Quizá así logre salir de mi estupor.

Sonó una risita forzada que a él se le antojó fruto del nerviosismo.

—La verdad es, querido, que hace muchas horas que estoy debatiéndome en la duda de si debía telefonearte o no. Al final, el reloj me ha decidido.

—¿El reloj?

—¿No recuerdas, Clay? Acostumbraba llamarte a esta hora todas las noches que estabas de servicio... Mira tu reloj.

Instintivamente, él obedeció. Vio que señalaba las once cuarenta y cinco de la noche. Se estremeció.

—Ya veo —dijo con voz alterada—. Querías divertirte esta noche y no se te ha ocurrido nada mejor que eso...

—¿Divertirme? No, en absoluto... Más bien estoy nerviosa. Muy nerviosa.

—¿De veras?

—No te burles, Clay. Estoy en un apuro... Un endiablado apuro del que no sé cómo zafarme.

—Este lenguaje empieza a ser más inteligible. A causa de ese apuro... ¿se te ha ocurrido pedirme ayuda «a mí»?

—Bueno, querido; digamos que deseo pedirte consejo en tu calidad de policía.

—Cierta vez me dijiste que odiabas mi calidad de policía

precisamente.

—¡Por favor! ¿No has podido olvidar eso todavía? Aunque, pensándolo bien, eso debe complacerme por cuanto indica que no me has olvidado a mí tampoco.

—Es difícil olvidar ciertas cosas. Pero ¿por qué pedirme consejo o ayuda a mí? Podrías pedirselo con más razón a Archie Greaves, mi sustituto. O a Bellamy, sustituto «no oficial» de Greaves... Y quizá a algún otro que haya venido a sustituir a Bellamy. Todos ellos han intervenido más recientemente en tu vida, Dorrie.

—¿Has estado espíandome, querido? O quizá sólo estás celoso...

—Si eso es todo lo que tienes que decirme, es mejor cortar esta comunicación. El teléfono no puede estar inactivo tanto tiempo.

—¿A qué llamas tú inactivo? Acabo de decirte que estoy en un verdadero apuro... Y te confieso que estoy asustada. Tengo miedo, realmente tengo miedo. Ninguno de los que acabas de nombrar puede ayudarme en las actuales circunstancias... Sólo tú puedes hacerlo.

—Muy bien, si entra en mis atribuciones como oficial de policía, haré lo que pueda. Pero si sólo es cosa del terreno particular, no cuentas conmigo. Ya me hiciste demasiado daño hace tres años, Dorrie. No quiero volver, a las andadas.

—¿Tanto me odias?

—Olvidalo. ¿Qué clase de apuro es ése de que hablas?

—Una amenaza, Clay.

—¿Verbal?

—No; por escrito. Y telefónica.

—¿En qué quedamos?

—Primero recibí una nota escrita a mano, pero con letras mayúsculas. Al principio creí que se trataba de una broma, pero ayer noche alguien me telefoneó diciéndome lo mismo que estaba escrito en el papel.

—¡Vaya! ¿Y qué dice el papel?

—¿Quieres que te lo lea?

—Si crees que es interesante...

—Escucha:

«Ya has recorrido demasiado camino, Dorrie. Te queda muy poco trecho, sólo el que te separa de mí. Cuando el camino se

acabe, te mataré».

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco?

—Debe tratarse de un bromista. Los asesinos no avisan anticipadamente cuando quieren cometer un crimen.

—Eso dices tú, pero la voz que habló por teléfono producía escalofríos. Era amenazadora, sin inflexiones, igual que si no fuera una voz humana.

—¿No estarás dramatizando?

—¡Por favor, Clay, te hablo en serio! Estoy terriblemente asustada.

—Está bien, te creo. ¿No tienes idea de quién puede ser tu comunicante?

—En absoluto.

—La voz que oíste, ¿no te recordó a nadie en particular?

—No. Debía tratarse de una voz forzada porque ya le digo que sonaba de una manera espantosa.

—¿Y tú crees que es una amenaza real, que no se trata de una broma?

—Estoy segura.

—¿Quién puede odiarte hasta el extremo de querer matarte?

—No lo sé, Clay...

—¿Alguno de tus últimos... admiradores?

—No, imposible. Ninguno de ellos sería capaz de llegar a tal extremo.

—¿Es que hay muchos?

—¿De nuevo celoso?

—¡Con un demonio! Sólo te sigo la corriente. La verdad es que no creo que sea nada serio. Yo mismo he llegado a odiarte profundamente, pero nunca se me ocurriría amenazarte de muerte. Imagino que los demás que se han sucedido piensan más o menos igual.

—Ido eres muy amable, ¿verdad, Clay? —se quejó ella con voz tensa—. Ya sé que mi vida no ha sido muy ejemplar hasta ahora, pero he decidido cambiar radicalmente... Quiero volver a ser como era cuando tú me conociste... Oh, perdona un instante, acaban de llamar a la puerta...

—¿A estas horas?

—Estoy en el hotel «Pyramid». Quizá es un empicado...

Sonó un golpe cuando ella depositó el auricular sobre alguna superficie dura. Muy lejanos, Dugan oyó el repiqueteo de los tacones al alejarse.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, un grito terrible repercutió a través del auricular. Dugan dio un salto, y en el mismo instante la voz lejana de Dorrie chilló:

—¡Clay! ¡Clay! Ha venido... ¡Ayúdame...!

—¡Dorrie! ¿Quién ha venido?

Calló al comprender que ella estaba lejos del teléfono y no podía oírle. De nuevo, la voz horrorizada repitió:

—¡Clay, socorro! Está aquí... ¡No...!

Repentinamente, hubo un espantoso estrépito de cristales rotos, desmenuzándose. Dugan sintió que las piernas le flaqueaban, imposibilitado de prestar ayuda y oyendo los inconfundibles ruidos. Instintivamente, gritó:

—¡Dorrie! ¿Quién está ahí?

Hubo un clic y la comunicación quedó cortada.

Entonces reaccionó. Soltó el auricular y brincó hacia la puerta. La abrió con tanta fuerza que golpeó violentamente amenazando con hacer polvo el cristal. Todos los detectives que se encontraban en la sala dieron un respingo y se volvieron hacia él.

—¡Tú, Shikoski, sígueme!

Se lanzó escaleras abajo seguido por el detective. En el instante en que salían a la acera corriendo como demonios, un autopatrulla se ponía en marcha y Dugan aulló:

—¡Eh, ustedes, esperen!

Apenas si el coche se había detenido cuando los dos saltaron dentro.

—¡Al hotel «Pyramid»! —ordenó—. A toda la velocidad que le pueda sacar a este trasto.

El conductor no discutió la orden. Pisó el acelerador y el auto saltó hacia delante, mientras la sirena se ponía en marcha con su espeluznante lamento.

El otro patrullero indagó:

—¿Qué pasa, teniente? No hay ningún aviso de...

—¡Creo que han asesinado a una mujer! ¿No puede correr más?

—Teniente, vamos a ochenta millas por hora en plena calle. ¿Cree que es poco?

Apretó los dientes salvajemente. A su lado, Shikoski preguntó:

—¿Cómo lo sabe, teniente? No he oído que radiaran ninguna llamada...

—Ella estaba hablando conmigo por teléfono...

Calló cuando el coche tomó una esquina sobre dos ruedas. Luego siguió su marcha con un terrible chillido de los neumáticos que no logró ahogar el de la sirena.

El hotel «Pyramid» es uno de los más lujosos de la ciudad y ocupa las veinte plantas de un edificio que se yergue en la esquina de las calles Chestnut y Alameda. El autopatrulla, rugiendo, subió por Alameda sorteando milagrosamente el tráfico. No obstante, antes de llegar al hotel, se vio precisado a reducir la marcha a causa de un apelotonado embotellamiento.

Dugan lanzó una maldición. El conductor dijo:

—Falta poco más de una manzana, teniente... y no hay manera de pasar esa barrera.

Dugan abrió la portezuela y se lanzó a la calzada seguido de Shikoski y el agente patrullero.

El tráfico se había convertido en un caos. Muchos de los ocupantes de los coches habían abandonado éstos y corrían hacia la gigantesca muestra luminosa del «Pyramid». Era delante del hotel donde estaba concentrándose gran cantidad de público.

Los tres policías se abrieron paso a codazos y empujones, sin prestar atención a las quejas y protestas de los que se veían lanzados brutalmente a los lados.

Clay Dugan fue el primero en llegar al claro que formaba la masa de gente. Se detuvo en seco.

El cuerpo, casi desnudo, aplastado contra la acera, formaba una espeluznante visión de sangre, cabellos rojos y masa encefálica. Debía haber caído de cabeza y lo que quedaba de ella daba náuseas. Sus miembros estaban dislocados y la finísima *negligée* color verde aparecía rasgada en distintos lugares, arremolinada, dejando al descubierto la mayor parte del cuerpo que él recordaba cómo infinitamente bello.

Un gemido escapó de sus apretados labios. A su lado, Shikoski le miró y tuvo un sobresalto al darse cuenta de la terrible expresión de

su rostro.

—Teniente... —balbució.

Dugan dio unos pasos y se inclinó sobre aquella masa informe. Sus dientes chirriaron al encajarse brutalmente. Entonces se quitó la chaqueta y cubrió con ella lo mejor que pudo el destrozado cadáver de la mujer, que no hacía mucho tiempo había sido toda su vida, la única razón de su existencia apasionada y joven.

Vagamente, oyó los gritos de las mujeres, y las secas órdenes, del patrullero batallando para apartar a los curiosos. Levantándose, alzó la mirada hacia la imponente fachada, muchas de cuyas ventanas estaban iluminadas y con hombres y mujeres asomados a ellas. Se preguntó desde cuál había sido arrojada la muchacha...

Trozos de cristales relucían alrededor del cuerpo y más allá. Chirriaban al pisarlos la gente. Dugan abatió la cabeza y luchó por reaccionar. Sus sienes latían con dolorosa intensidad. Resonaban en su cerebro como si alguien las estuviera golpeando con un par de mazas. Paralizado, se le antojó que la vida se había detenido a su alrededor, que nada existía y que sólo la muerte aleteaba riéndose con lúgubres carcajadas. Como si el mundo y el universo entero hubieran dejado de existir, dominados por la muerte negra, hundidos en un vacío sin fin ni principio donde no hubiera nada ni nada existiera.

Finalmente, notó que le sacudían con violencia y parpadeó, y sus sentidos volvieron a su cuerpo y se encontró mirando la cara asustada del detective de primera Shikoski.

—¡Eh, teniente! ¿Me oye, teniente?

—Ya basta, Shikoski... Estoy bien...

—¿Está seguro? Parece usted un cadáver...

—¡Cállate!

Le soltó. Entonces miró a su alrededor, al círculo de rostros anónimos, a los dos o tres guardias que habían llegado para mantener el orden.

No se atrevió a bajar la mirada por temor a contemplar una vez más la espantosa imagen ensangrentada, pero una fuerza más poderosa que su voluntad le obligó a abatir la cabeza y dejó que sus ojos quedaran fijos en el informe montón que su americana apenas lograba disimular.

Arrancándose de semejante contemplación, dio media, vuelta y,

seguido por Shikoski, entró en el hotel con pasos vacilantes.

CAPÍTULO II

Era una habitación cómoda y lujosa como correspondía a la categoría del hotel, decorada con colores sobrios y muebles de factura moderna, pero sin estridencias.

Dugan, en pie al lado de la destrozada ventana, miraba con rostro sin expresión los manejos de los peritos de la Brigada de Homicidios, entregados a sus tareas con meticulosa atención.

Con voz sorda gruñó:

—Pongan especial cuidado en el teléfono, el asesino lo ha colgado después de arrojar a la muchacha...

Se había encontrado un trozo desgarrado del camisón al pie de la ventana. Una mesita muy baja derribada y unas revistas esparcidas por el suelo. Un cigarrillo a medio consumir había chamuscado la alfombra. Tenía huellas de *rouge*, por lo que Dorrie debía haberlo estado fumando mientras hablaba por teléfono.

Shikoski, entregado a un cuidadoso registro de los cajones del tocador, no parecía muy satisfecho de sus hallazgos.

Tras un suspiro, el teniente se dirigió al guardia que permanecía junto a la puerta del pasillo.

—Dígale al recepcionista que suba ahora. Cuando termine con él tráigame al encargado del ascensor.

El recepcionista era un hombre de baja estatura, pálido en extremo y vestido con un impecable traje oscuro. Dugan estuvo contemplándolo en silencio antes de dirigirle la primera pregunta.

—¿A qué hora ha entrado usted de servicio?

El asustado hombrecillo tragó saliva con dificultad.

—A las diez, teniente.

—¿Ha visto usted a la mujer que... que ocupaba esta habitación?

—Sí...

—¿Cuándo?

—Poco antes de las once, teniente. Ha llegado en un taxi y ha subido directamente.

—¿Con qué nombre estaba inscrita aquí?

—Señora Dorrie Greaves.

Dugan hizo una mueca. Sin saber muy bien por qué, le produjo una sensación amarga saber que ella seguía usando el nombre del segundo marido, a pesar de haberse separado de él casi dos años antes.

—¿Ha hablado usted con ella? —siguió preguntando.

—No. Solamente se ha acercado para recoger su llave. Le he dado las buenas noches, eso es todo.

—Ahora piense con cuidado antes de responder. ¿Parecía nerviosa, asustada o algo semejante?

El recepcionista, cuyas manos no estaban quietas a causa de los nervios, apenas si lo dudó unos segundos.

—Tal vez estaba un poco agitada. Me ha parecido que su actitud no era la de costumbre. Entiéndame, teniente; se trata solamente de una impresión personal mía.

—Ya veo. ¿Quién ha entrado al hotel después de ella?

—Varios huéspedes, por supuesto.

—¿Algún forastero?

—No, señor.

—¿Está seguro que no ha visto a ningún desconocido esta noche?

—En absoluto señor. Tengo mucho cuidado en controlar quiénes entran y salen durante mi turno.

—De modo que todos los que han entrado son huéspedes del hotel.

—Así es.

Clay Dugan hizo una pausa, el tiempo justo de sacar un cigarrillo, encenderlo y lanzar la primera bocanada de humo. Tras esto miró fijamente al hombrecillo y le espetó:

—¿Recuerda usted los nombres de todos esos huéspedes que han llegado después de Doris Greaves?

—Pues... sí, creo que sí. Tengo mucha práctica en mi trabajo.

—Está bien. ¡Shikoski!

El detective se acercó, mirando al recepcionista con curiosidad.

El teniente, lo señaló.

—Va a darte los nombres de una serie de huéspedes del hotel. Toma nota de ellos así como el número de sus habitaciones.

—¿Y luego?

—¿Cuántos son los nombres que usted recuerda?

—Veamos. Graystone, Forbes, Lansing; luego han entrado el señor y la señora Appleton, y por último el señor Hearn.

—¿Has tomado nota, Shikoski?

—Seguro, teniente.

—Interrógalos a todos, especialmente los que tengan sus habitaciones más cerca de ésta. Trata de averiguar si conocían a Dorrie. Si les unía cualquier clase de relación con ella. En fin, ya sabes lo que tienes que hacer.

—De acuerdo, teniente.

Shikoski abandonó la habitación, íntimamente satisfecho de haberse pedido librar del inútil y aburrido registro.

Clay Dugan despidió al recepcionista con un ademán. Luego volvió al lado de la ventana y miró a la oscura noche y al brillo de las luces de la ciudad, extendiéndose en la lejanía, arriba y abajo, quince pisos más abajo. La altura que había recorrido el cuerpo de Dorrie.

Cerró un instante los ojos. Los abrió cuando el agente uniformado dijo junto a él:

—El ascensorista, teniente.

—¿Qué?

Volvióse. Se encontró ante un hombre de unos treinta y ocho años, de estatura elevada, delgado y de mirar apagado. Vestía el uniforme con evidente desgana y no parecía preocupado en absoluto por el inminente interrogatorio.

—¿Su nombre?

—Evans, señor.

—¿Recuerda cuándo ha subido con la señora Greaves?

—Perfectamente. ¿Quién iba a sospechar que poco después...?

—Sí. ¿Parecía preocupada, o asustada?

—Un tanto preocupada, sí, señor. Todas las noches solía saludarme con una sonrisa. Era muy amable. Hoy apenas si ha respondido a mi saludo.

—Ya veo. ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo en el hotel?

—Poco más o menos un mes.

—¿Recibía muchas visitas?

—Bien... No sé...

—Mire, Evans, ella está muerta y ya no importa lo que usted diga. Pero yo he de cazar al asesino que la ha arrojado por la ventana, así que déjese de titubeos y al grano. ¿Recibía muchas visitas?

—No puede decirse que fueran muchas, pero sí recuerdo haber acompañado a dos o tres caballeros en distintas ocasiones.

—¿Siempre los mismos?

—Sí.

—¿Podría reconocerlos si volviese a verlos?

—Sin duda, teniente.

—¿Sabe si mantenía alguna relación con cualquier huésped del hotel?

El hombre titubeó de nuevo. No parecía muy dispuesto a hablar. Pero una mirada al contraído rostro del teniente le indicó que sería arriesgado callarse ningún dato, de modo que acabó por asentir con un gesto. Tras eso añadió:

—No estoy seguro de que se relacionasen realmente, señor, pero las dos veces que coincidieron en el ascensor me dieron la impresión de que había cierta relación entre ellos. No sé cómo expresarlo, fue más bien una corazonada, o quizá el tono de sus voces al saludarse.

—¿El nombre de ese huésped?

—Keith Hearn.

Dugan enarcó las cejas. Ese nombre era uno de los que había mencionado antes el recepcionista: Hearn.

—¿En qué piso se aloja?

—¿El señor Hearn? En este mismo, teniente. Habitación seiscientos nueve.

Clay Dugan permaneció pensativo unos segundos, pensando en ese personaje. De repente preguntó:

—Tengo entendido que esta noche, el señor Hearn ha subido después de la señora Greaves. ¿No ha podido fijarse si se dirigía a su habitación, o se encaminaba a ésta?

—A la suya sin duda, teniente. Su puerta está frente al ascensor y he visto cómo introducía la llave y entraba dentro.

—Ya. ¿No ha advertido nada anormal en él, en su actitud, que le

haya llamado la atención?

—Me ha parecido normal, como siempre. Es un hombre que no habla nunca, ni saluda jamás.

—Creo que eso es todo por el momento. Dígame tan solo, antes de irse, ¿hay alguna otra entrada al hotel que pueda ser conocida por un huésped? Y por supuesto, que sea posible entrar y salir por ella sin que nadie lo advierta.

—Hay dos entradas más. Una que da al sótano, dónde están instaladas las calderas de agua caliente y calefacción, y otra para el servicio y la entrada de mercancías. Las dos comunican con el callejón de atrás.

—Está bien. Le llamaré otra vez si le necesito.

Tan pronto se hubo separado del ascensorista, uno de los peritos se acercó a él. Era un tipo joven, de ojos vivos y enrojecidos.

—El teléfono está completamente limpio de huellas, teniente. Ha sido frotado concienzudamente.

—Ya lo imaginaba, pero había que probarlo.

—En cambio, por el resto de la habitación hay suficientes huellas como para llenar todo un fichero, aunque la mayoría pertenecen a dos mujeres distintas. Las de hombre son más variadas.

—Dos mujeres... Dorrie y la camarera, sin duda. Levanten todas las que puedan para cotejarlas con los archivos.

Dejó a sus hombres y salió al pasillo. No vio ni rastro de Shikoski, de modo que calculó que debía encontrarse interrogando a los componentes de su lista. Andando pausadamente, Dugan se acercó a la habitación seiscientos nueve y llamó discretamente a la puerta.

Sólo tardó unos instantes en abrirse. El teniente contempló el rostro afilado del hombre que había enmarcado en el umbral. Se fijó en aquellos ojos helados, en la prominente barbilla y los delgados labios. Era un buen tipo de hombre y Clay Dugan hizo una mueca cuando masculló:

—¿Desde cuándo te han bautizado de nuevo, Baker?

Avanzó y el otro se hizo a un lado para dejarle paso. Tras cerrar la puerta dijo con voz bien modulada:

—De entre todos los polizontes de la ciudad, tenía que ser usted quien apareciese aquí, teniente.

Dugan encendió un cigarrillo sin dejar de mirar a su interlocutor. Sonrió forzadamente.

—¿Qué estás haciendo en este hotel, Johnny? Ya sé que te mueves en círculos elegantes, pero el «Pyramid» no entra en tu esfera.

—Me gusta alternar, usted lo sabe.

—Sé muchas más cosas de las que imaginas, amigo. —Por ejemplo, sé que te unía una estrecha relación con la mujer que ha dado el salto desde este piso, que estabas en este hotel por ella y que entre los dos existía algo más que amistad. Quizá fuera una relación de «negocios» tratándose de ti, pero lo dudo. ¿Te parece que puedes aumentar mis conocimientos, Johnny Baker?

El aludido dio unos pasos. Estaba perfectamente sereno, sin que las bravatas del teniente, aquellos faroles, le hicieran mella, aunque él no podía saber si eran bravatas o no.

—Siéntese, teniente —dijo—. Ha venido usted un tanto agresivo, ¿no le parece?

—Al grano. ¿Qué puedes decirme de tus relaciones con Dorrie?

—No había tales relaciones. La conocí aquí, en el hotel, después de instalarme. Era muy hermosa y amable y me gustó desde un principio.

—¿Be veras? Ahora olvídate de las fantasías y cuéntame la verdad. Dime también por qué razón te inscribiste en el hotel con un nombre falso. Keith Hearn, el señor Hearn. ¿Por qué, Johnny?

—Bueno, es el nombre que utilizo cuando estoy de vacaciones. No me gusta tropezar con gente que haya oído hablar de Johnny Baker.

—Tus vacaciones las pasas en Miami, no aquí. ¿Sabes que puedo darte muchos quebraderos de cabeza, Johnny? Sólo dame motivo para sentirme disgustado y verás lo que ocurre.

—Tonterías, estoy limpio, completamente limpio. No puede encontrar nada contra mí.

—Eso es lo que tú dices. Pero mis informes son muy distintos. Sigues sosteniendo una organización delictiva, tienes pistoleros a tus órdenes, y el hecho de que haga bastante tiempo que no hayas sido involucrado en ninguna acusación no quiere decir que hayas dejado tu sucia vida atrás. Tú serás siempre un sinvergüenza Johnny, y ése es un calificativo benévolo tratándose de ti.

—No me tiene simpatía, eso es todo.

—Supongo que me dirás que vives de tus ahorros, ¿no es así?

Johnny Baker desvió la mirada. No parecía preocupado, pero tampoco satisfecho. Conocía la fama de policía duro que tenía el teniente, pero igualmente sabía que era honesto y recto dentro de lo posible en sus actuaciones. No sabía si alebrarse de ello o no.

—Está bien, mi vida privada no es de la incumbencia de nadie, pero mi actuación profesional se puede prestar a ciertas interpretaciones que no me gustaría afrontar. ¿Qué es lo que quiere saber?

Dugan suspiró.

—¿Sabías quién era esa mujer, Johnny?

—Dorrie Greaves.

—¿Y antes de que se llamara Greaves?

Se encogió de hombros.

—No se lo pregunté. ¿Es algo que debiera haber sabido?

—Lo sabrás de todos modos. ¿Qué te unía a ella?

—Era muy hermosa. Vine a este hotel siguiéndola... Yo... Bien, pensaba pedirle que se casara conmigo.

—Voy a saltarte los dientes, Johnny —murmuró Dugan, avanzando despacio.

—¡Eh, un momento! No tiene derecho a...

—Antes de que se llamara Greaves, bastardo, su nombre fue el mío. Se llamó Dorrie Dugan.

El puño derecho del policía subió como un rayo y restalló en la cara de Baker con un ruido seco. Baker dio una voltereta y cayó de bruces sobre la alfombra, aunque no perdió la conciencia del todo. Aturdido, sentóse en el suelo y contempló con mirada brillante al teniente como si justo en aquel momento acabase de conocerle.

—¿Se siente mejor ahora? —refunfuñó, levantándose.

Un hilillo de sangre escurría de las comisuras de sus labios. Se pasó la mano por la boca y miró la sangre con ojos asombrados.

—¿Y bien, Johnny?

—Le he dicho la verdad. Cuando ella se instaló aquí yo hice lo mismo. Estaba loco por ella, créalo o no. Y nunca supe que ella había estado casada con usted, palabra de honor.

—¿Eso es todo lo que tienes intención de declarar?

—Es la verdad.

—Es una sarta de embustes. ¿Estuviste alguna vez en la habitación de Dorrie?

—No.

—¿Seguro?

—Nunca entré en su habitación.

—*Okay*, esperaré el resultado de la comprobación de huellas dactilares. Si las tuyas aparecen allí te acusaré de asesinato con todas las agravantes.

Baker arrugó el ceño. Por primera vez dejó traslucir su preocupación.

—No las encontrará —dijo entre dientes.

—¿Tal vez llevabas guantes?

—No podrá cazarme con nada tan burdo, teniente, No nací ayer. Trate de involucrarme en el crimen y verá lo que le cuesta. Tengo mis derechos, y abogados que...

—Sí, ya sé, la eterna historia. Pero tanto si encuentro tus huellas como si no, Johnny, de ahora en adelante vas a tropezar con muchas dificultades. No darás un paso sin que yo lo sepa, y hasta durmiendo estarás vigilado. Un solo desliz que cometas y te caeré encima como una tonelada de ladrillos. Tu vida no será agradable de ahora en adelante.

No hubo respuesta. Baker sabía que el policía podía crearle muchas dificultades si se lo proponía, no obstante, mantuvo la boca cerrada.

En aquel instante alguien golpeó en la puerta.

—Abre.

Johnny Baker abrió y se encontró ante el detective Shikoski, quien al ver al teniente avanzó resueltamente.

—No sabía que estaba usted aquí, teniente. El señor Hearn es el último de mi lista. ¿Lo ha interrogado usted?

—Por supuesto. Y no sé llama Hearn, sino Johnny Baker, tahúr de profesión, organizador de «timbas» fraudulentas, controlador de apuestas, extorsionador en sus ratos libres. Puedo añadir algunas profesiones a su historial, pero ya la verás cuando consultes su prontuario en la Central. ¿Qué has sacado de los demás?

—Nada en absoluto. No conocían a Dorrie Greaves, excepto de haberla visto alguna vez en el hotel o en el ascensor. De todos modos, he completado los datos de su filiación, con los domicilios

respectivos. Ninguno de ellos es de la ciudad.

—Johnny sí. Y posee un estupendo apartamento en *Presidio Road*, lo que no impide que él prefiera alojarse en un hotel. ¿Estás seguro que no tienes nada más que decirme sobre este asunto, Johnny?

—Lo siento, teniente, he dicho todo lo que tenía que decir.

—Está bien, tú lo has querido. Vámonos, Shikoski.

Salieron de la habitación ante la mirada preocupada del tahúr, quien ya no parecía tan seguro y dueño de sí como al principio.

Fuera, Dugan masculló:

—Ese tipo me saca de quicio. Vamos a ver si han encontrado la nota.

—¿Qué nota? No pretenderá que ella ha dejado una nota para el juez...

—No, claro. Dorrie me dijo por teléfono que había recibido una nota amenazadora, sólo que quizá el asesino se la haya llevado.

Pero en eso la fortuna se le mostró propicia. Uno de los peritos que habían revisado la habitación pasándola por un tamiz muy fino, se acercó a él al verle, mostrándole un papel blanco, doblado.

—Eche un vistazo a eso, teniente. Creo que es lo que usted quería.

La leyó. Sintió una suerte de estremecimiento al repetirse mentalmente las palabras que ella le había desgranado por el teléfono. La amenaza de muerte era clara y terminante.

El papel había sido arrancado de un simple bloc de notas, y las letras, trazadas con bolígrafo, eran todas mayúsculas. Pensó que los peritos calígrafos no sacarían nada en limpio de ese escrito. Doblándolo, lo guardó en el bolsillo.

Ya poco le quedaba por hacer, de modo que se dispuso a regresar a la Central.

CAPÍTULO III

Un detective de la Brigada le dijo que el capitán Jacobs había preguntado por él al tiempo de requerir informes sobre lo sucedido en el hotel «Pyramid». Dugan se encogió de hombros y fue a encerrarse en su despacho.

No deseaba ver al capitán todavía. No en aquellos momentos en que sus emociones personales y recuerdos de un pasado aún cercano dominaban todo otro sentimiento, ahogando sus impresiones como policía.

Sentado tras su mesa, recordó con amargura los días que siguieron a la marcha de Dorrie, en los cuales le parecía que todavía iba a escuchar su voz al llegar a casa, y cuando todavía persistía la ilusión de que ella estaba allí, en cualquiera de las habitaciones. Casi aguardaba conteniendo la respiración esperando oír sus pasos, y ver su grácil contoneo al descender la escalera. Había veces que le parecía escuchar su risa y entonces todos sus nervios daban un tirón, sólo para sentir después más profundamente la soledad y la nostalgia que le rodeaban.

En otras ocasiones, los labios suaves y cálidos rozaban su cuello durante el sueño, en las largas noches de invierno. Más, al despertar, sólo encontraba junto a él las retorcidas sábanas y la almohada gemela sin huella alguna de la hermosa cabeza.

Hasta que poco a poco fue acostumbrándose, aunque sin conseguir olvidar las múltiples emociones que Dorrie le proporcionara durante el corto tiempo que vivió a su lado. Y así, en la angustia de noches inacabables, en el dolor de días y días de rutina y anhelo que va convirtiéndose en rencor, la esperanza fue batiéndose en retirada hasta no dejar más que un terrible vacío que todavía no se había llenado.

Clay Dugan vivió una vez más las conocidas sensaciones dentro del impersonal despacho encristalado. Supo que ya jamás volvería a

recordar a Dorrie tal como había sido, tan hermosa y deseable, tan sugestiva y ardiente en sus noches de amor. Y tan ambiciosa en sus días de reproches.

Cuando la recordase sería para evocar un cuerpo informe, destrozado, con los cabellos rojos sucios de sangre y de aquella repugnante masa gris.

Encendió otro cigarrillo y lo fumó como si tuviera prisa por terminarlo. Estaba encendiendo un segundo pitillo cuando el teléfono rompió el silencio produciéndole un sobresalto.

Una voz indagó a través del auricular:

—¿Teniente Dugan?

—Al habla.

—Soy Parris, teniente, del Depósito.

—Sí, dígame.

—Tengo su americana aquí, teniente. La han traído los enfermeros junto con el cadáver de esa mujer que...

—Está bien —le interrumpió—. Ya la recogeré en cualquier momento.

Colgó abruptamente. No había vuelto a acordarse de eso. Ni siquiera el hecho de andar de un lado a otro en mangas de camisa había sido suficiente para hacerle descender de su mundo de recuerdos.

Tenía otra chaqueta vieja en el perchero. Se la puso salió del despacho, y cruzando la sala de detectives y un corto pasillo, entró en el del capitán Jacobs.

Era éste un hombre cincuentón, de barriga prominente y aspecto bucólico, tras el cual se escondía una dosis inacabable de energía y una astucia que se había hecho legendaria entre los miembros de la Brigada de Homicidios.

—Siéntese, Dugan —dijo. Tenía una voz bien timbrada y cuando hablaba le gustaba escucharse a sí mismo.

—Lamento no haber podido acudir antes, capitán.

—No importa. Comprendo cómo debe sentirse usted después de ese terrible golpe.

—Podré soportarlo, señor.

—Sí, ya lo imagino. Pero si prefiere que encargue a otro oficial de este asunto dígalo sin rodeos. Es natural que sea muy duro para usted intervenir en el esclarecimiento de semejante caso.

—Gracias, señor; pero quiero ocuparme yo de la investigación si no tiene inconveniente.

—En absoluto. Mas ¿está seguro de poder hacerlo?

—Perfectamente seguro.

—Ya veo... ¿Ha pensado que en las pesquisas pueden salir a relucir cosas que le resulten dolorosas? Quizá la imagen mental que usted guarda de la que fue su esposa no quede muy bien parada al enfrentarla con la realidad.

—Sé que no saldrá bien parada, pero incluso así deseo ser yo quien revuelva todo lo que surja, sea lo que sea.

—Está bien, Dugan, no hablemos más de ello. Ahora cuénteme lo que sepa del caso.

El expuso los hechos escuetos, desde el momento que recibiera la llamada telefónica de la que fue su esposa, hasta el interrogatorio de Johnny Baker, inscrito en el hotel con el nombre de Keith Hearn.

Tras escucharle en silencio, el capitán Jacobs gruñó:

—No parece que tengamos mucho por dónde empegar. ¿Usted cree realmente que Baker tenga algo que ver con el asesinato?

—No lo sé. Por una parte, me parece que no. Es un hombre inteligente, aunque sea un bastardo de primer orden. Y un hombre inteligente opino que no se comportaría como él lo hace.

—¿A qué se refiere?

—Baker entró al hotel poco después de que lo hiciera Dorrie. Subió en el ascensor hasta su habitación. Después, cuando se produjo la conmoción a causa del crimen, se quedó allí sabiendo que sería interrogado. Naturalmente, él confiaba en que sería un policía desconocido quien le sometiera a interrogatorio. Se sorprendió mucho al verme a mí.

—Toda esa actuación puede haber sido calculada solamente para alejar de sí las sospechas.

—No lo creo. Era mucho más sencillo para él introducirse en el hotel por la puerta de servicio, cometer el crimen y volver a salir por el mismo lugar, sin que nadie le viera. De esta manera hubiera podido regresar horas después, cuando todo estuviera otra vez tranquilo, y ofrecer una coartada lo bastante sólida para que nadie se hubiese atrevido a molestarlo.

—En eso creo que tiene razón. Aunque resulte desagradable para usted hablar de eso, Dugan; ¿ella se había vuelto a casar?

—Sí. Pero también ese matrimonio fracasó. Se separaron al año de casados.

—¿Quién fue ese segundo marido?

—Todo lo que sé de él es que se llama Archie Greaves.

—Pues será preciso averiguar más cosas sobre ese individuo. ¿Qué más sabe usted sobre la vida de su exesposa duran estos últimos tiempos?

El teniente hizo una mueca.

—Me temo que lo que pueda contarse de ella no sea nada bueno. Era ambiciosa y con el tiempo parece ser que barrió los escrúpulos, destinando todas sus energías a conseguir dinero.

—Ya veo. Sólo como cosa particular, Dugan; ¿la amó usted mucho?

—Sí. Nunca pude olvidarla. Era una mujer que se le metía a uno en la sangre, si entiende lo que quiero decir. Pero al mismo tiempo, se dejaba cegar por la ambición y el ansia desenfadada por elevarse rápidamente. Ésa fue la causa de nuestra separación. Hubo un momento en que su obsesión por el dinero la llevó a odiar furiosamente mi trabajo, mi profesión. No dejaba pasar un cuarto de hora sin reprochármelo, empujándome a que buscase otro trabajo o...

Calló. Jacobs le miró curiosamente.

—Siga —le instó.

—Bueno, ella había leído muchas historias sobre el ahorno de policías por los grandes jefes del hampa. Se le metió en la cabeza que si no disponíamos de dinero a montones era por mi culpa, y convirtió en ejemplos vivos esos policías que se llenaban los bolsillos con el producto de los sobornos.

—Ya veo.

Hubo un tenso silencio, que rompió el capitán al decir:

—Me gustaría que respondiera con entera sinceridad a una pregunta, Dugan.

—Bien, hágala.

—¿Quería usted todavía a esa mujer?

—No.

—Ni siquiera ha tenido que pensarlo, ¿eh?

—Ya no era para mí más que un recuerdo amargo. Creo que incluso llegué a odiarla.

—Lo que no le impide desear ser usted quien capture al criminal.

—Eso es distinto.

—Está bien, no vamos a discutir por esos detalles, Puede seguir usted con el caso. Me informará diariamente de sus progresos, y por supuesto, si consigue cazar al asesino lo tratará usted como a otro cualquiera. ¿Entiende? Nada de venganzas, ni de tomarse la justicia por su mano. Espero que no me defraude usted, Dugan.

—Comprendo, señor.

—En cuanto a esa nota, ¿cree que podremos sacar algo en limpio de ella?

—Lo dudo.

Sacándola del bolsillo, la mostró al capitán, quien, la leyó un par de veces antes de devolvérsela.

—Sea como sea, envíela al laboratorio.

Dugan se levantó y abandonó el despacho con el ceño fruncido. Dio algunas instrucciones a Shikoski y luego salió del edificio en busca de su coche, con el cual se encaminó a su apartamento para cambiarse de ropa antes de lanzarse a buscar a un hombre llamado Bellamy.

CAPÍTULO IV

Era un individuo alto, de elegante apostura, y que rondaría los cuarenta años. Habitaba un lujoso apartamento y pareció recibir una terrible impresión cuando supo la muerte de Dorrie.

Pero, según observó Dugan, no fue precisamente pena lo que experimentó, o en todo caso, se sobrepuso muy pronto.

—Compréndame —dijo, cuando el teniente se lo hizo notar sin rodeos—. Entre Dorrie y yo no existió ningún lazo tan profundo como para que ahora me ponga a llorar por su trágico destino. Ambos supimos a qué atenernos respecto a eso desde un principio.

—De modo que ella fue simplemente su amante —dijo con los dientes apretados.

—Puede definirlo así.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Hace más de cinco meses que no la había visto. Nos separamos amistosamente.

—¿Por qué?

—Bueno, siempre surgen motivos. Quizá el principal de todos fuese que lo nuestro duraba ya demasiado tiempo.

—¿Riñeron?

—¡Oh, no! Desde luego que no. Creo que ella conoció a alguien que le interesaba más que yo. Recuerdo que me dijo que había surgido la oportunidad de su vida y que no pensaba dejarla escapar.

—¿Le preguntó usted qué clase de oportunidad era ésa?

—Seguro que se lo pregunté, pero no quiso decírmelo. Estaba entusiasmada con su idea, de manera que me di cuenta de que era inútil tratar de retenerla y se fue. Tal vez yo también, en mi subconsciente, estaba deseando acabar.

—¿No le parece que fue una actitud un tanto conformista por su parte?

—Ya le he dicho que tanto ella como yo sabíamos a qué

atenemos desde que nos conocimos. Ninguno de los dos deseaba ligarse al otro más de la cuenta.

Dugan estaba pasando un mal rato. Por primera vez se preguntó si no hubiera sido mejor dejar que otro oficial de la Brigada se hiciera cargo del caso.

—Supongo —dijo— que durante el tiempo que duró su idilio, ella hizo amistades. ¿Puede usted indicarme alguna de ellas?

—¿Algún hombre quiere decir?

—Hombre o mujer, eso es indiferente.

—Tenía gran amistad con una muchacha de nombre Debby. Vive en el «Edificio Wolworth».

—¿Conoce también su apellido?

—No recuerdo que lo pronunciase jamás.

—Debby... Deborah. Ya la encontraré. ¿Qué me dice de los hombres?

—En eso no puedo ayudarle. No dudo que secretamente tuviera alguno durante el tiempo que estuvo conmigo, pero desconozco el nombre. En verdad, teniente, nunca me preocupó demasiado este aspecto de nuestro pequeño idilio.

—Se me antoja que fue usted excesivamente complaciente. ¿Dónde ha estado esta noche, alrededor de las once?

—Aquí, por supuesto.

—¿Solo?

—Absolutamente solo.

—No es una coartada muy consistente.

Bellamy enarcó las cejas.

—¿Realmente, necesito una coartada?

—Usted, y cuantos se relacionaron con Dorrie, incluso su exmarido.

—Dirá usted «exmaridos». Hubo dos, ¿sabe?

Dugan notó una contracción de los músculos del estómago. ¿No iba a saberlo?

—El primero no me preocupa —dijo con un gruñido—. Sé positivamente que no ha cometido el asesinato.

—¿Cómo puede asegurarlo con tanto aplomo? A menos que haya muerto, naturalmente.

—No ha muerto.

—Bien, entonces...

—Olvídelo. Volvamos a ese desconocido que para ella representaba la oportunidad de su vida. Trate de recordar algún dato sobre su personalidad que nos permita identificarlo. Cualquier detalle o expresión de Dorrie cuando hablaba de él servirá.

—Lo malo es que no puedo recordar nada de eso. Ella se limitó a hablarme de ese hombre para justificar su decisión de marcharse de mi lado. Por lo demás, le confieso que no me interesé mucho por eso, por cuanto, tal como ya le he dicho, yo también empezaba a encontrar monótona la situación.

—Ya veo...

Lo dijo en un tono bajo, tenso. Bellamy interpretó acertadamente lo que Dugan estaba pensando y sonrió.

—En lo nuestro no intervino el sentimiento para nada —dijo, como si eso lo aclarase todo.

El teniente asintió con un gesto. Comprendía que estaba en un callejón sin salida y no veía manera de sacarle nada de interés al examante de Dorrie. No obstante, quedaban todavía un par de preguntas profesionales que formular.

—Usted asegura que alrededor de las once estaba aquí, solo. Pero ¿a qué hora ha llegado a casa?

—No lo sé con certeza, aunque supongo que serían poco más o menos las nueve y media.

—¿Alguien le ha visto llegar?

—Mucho me temo que no, teniente. Oiga, ¿de veras sospecha de mí?

—Usted es uno de los hombres que mantuvo íntima relación con la víctima, por lo tanto, automáticamente, es sospechoso. Habría sido una gran cosa que hubiera podido ofrecer una coartada aceptable.

Se dispuso a marchar, íntimamente disgustado consigo mismo. No podía separar sus sentimientos personales de los que hubiera debido sentir únicamente como policía. Sin embargo, hubo de confesarse que aquel hombre no le inspiraba desprecio alguno, a pesar de lo que había sido en la vida de Dorrie. Tal vez eso fuera debido a que, en realidad, la mujer ya no era para él el horizonte de su vida ni la fuente de su odio. Si pudiera recordarla sólo con indiferencia...

Mas la violencia del recuerdo se centraba en la masa informe y

sanguinolenta, y entonces el odio que había anidado en su corazón daba un viraje de noventa grados, para concentrarse en el asesino, y eso tampoco era honesto. Un policía no puede odiar, por mucho que deba perseguir a un hombre.

Abandonó el apartamento de Bellamy agradeciéndole que le hubiera recibido a pesar de la tan intempestiva hora de la noche. Bellamy, que se envolvía en una lujosa bata de seda, por debajo de la cual asomaban los pantalones del pijama, le aseguró que comprendía las cosas y que siempre le recibiría con gusto.

Se encontró en la calle desierta presa de una repentina depresión. Miró su reloj y vio que señalaba las cuatro y media de la madrugada. Pronto amanecería y a Dugan se le antojó que aquélla había sido una noche interminable, eterna.

De pronto pensó en la muchacha llamada Debby de quien le había hablado Bellamy. Estuvo tentado de echarlo todo a rodar e ir a interrogarla inmediatamente, pero al fin el buen sentido se impuso y decidió dejarlo para la mañana siguiente.

No quería tampoco regresar a la Central y de repente descubrió cuán cansado estaba, física y mentalmente cansado. Tomó el coche y condujo distraídamente por las calles carentes de tráfico hacia su apartamento. Sabía que aquella madrugada se le antojaría más desierto y frío que nunca, más inhóspito.

Cuando llegó a casa descolgó el teléfono y habló con Shikoski, el cual reconoció que tampoco por su parte habían adelantado un paso. Las huellas dactilares estaban siendo cotejadas con los ficheros. El laboratorio no estudiaría la nota hasta la mañana siguiente, él...

Le interrumpió con cierta brusquedad.

—Olvídalo, Shikoski —dijo—. Quiero que todos los hombres disponibles se lancen a la busca de un punto de contacto entre Dorrie Greaves y Johnny Baker. Todo lo que necesito es encontrar a alguien que los haya visto juntos en cualquier parte; un camarero, un chófer de taxi o la encargada del guardarropa de cualquier *cabaret*. Que saquen copias de las fotografías para que puedan verlas toda esa gente, y si hay cualquier novedad al respecto me llamas a casa. ¿Alguna duda?

—En absoluto, teniente.

Colgó y se acostó, aunque le costó dormirse. Y cuando el sueño y

el cansancio le vencieron, infinidad de pesadillas turbaron su descanso ininterrumpidamente.

CAPÍTULO V

Deborah dejó perplejo al teniente Dugan. Había esperado encontrar a una mujer más o menos parecida a Dorrie en edad y carácter, y como Dorrie, provocativa y un tanto de vuelta de todo.

Sin embargo, cuando entró en el apartamento número ochenta y seis del «Edificio Wolworth», vio ante sí a una muchacha de poco más de veinticinco años, de espléndida figura y rostro suave, de una belleza serena y subyugante, en el que brillaban unos grandes ojos tan negros como sus cabellos.

Su cuerpo de pujante y joven apariencia estaba sostenido por un par de piernas exquisitas. Dugan perdió su aplomo durante unos instantes, mientras ella le precedía al interior y le ofrecía asiento en una confortable butaca.

—Dorrie me habló de usted algunas veces —murmuró, mirándola con sus pupilas luminosas—. Estoy desolada.

Había leído la noticia en los diarios de la mañana. Se advertía claramente que las lágrimas habían enrojecido sus ojos y la pena que experimentaba no tenía nada de pose.

Dugan le agradeció esa actitud en lo más profundo de su alma.

—Le resultará penoso hablar de ella en estos momentos —dijo, midiendo las palabras—. Pero es preciso hacerlo si queremos descubrir al asesino.

—Me alegro que sea usted quien lo persiga.

—¿Por qué?

—Tal vez porque estoy segura que si alguien tendrá un gran interés personal en capturarlo será usted. Y no se preocupe por mis sentimientos. Estoy dispuesta a ayudarle, si cree que puedo hacerlo, aunque, sinceramente, no veo en qué puedo ser útil.

—Usted la conocía íntimamente, en estos últimos tiempos. Está en situación ventajosa para saber de su vida, de sus amistades, de sus problemas e inquietudes. Recibió una nota amenazadora. ¿Le

habló de eso?

—Sí, pero no parecía tomarlo muy en serio al principio.

—En sus conversaciones, ¿dijo si tenía alguna idea respecto a la identidad del autor de la amenaza?

—No, en eso estaba tan sorprendida que ni siquiera quiso discutirlo conmigo.

Hubo una corta pausa. Luego Clay preguntó:

—¿Conoce usted a Bellamy?

Ella le miró con una curiosa expresión en el rostro.

—Sí —dijo—. Lo que me sorprenda es que lo conozca usted.

—Esporádicamente tenía noticias de Dorrie. Hablé con Bellamy anoche. Fue él quien me dio su nombre, señorita.

—Comprendo. Un hombre agradable a pesar de todo.

—Me dijo que había roto con Dorrie hace unos cinco meses. ¿Es cierto?

—No sé el tiempo exacto, pero es verdad que se separaron hace algún tiempo.

—¿Amistosamente?

—No lo sé. Después de la separación, Dorrie nunca quería hablar de él. Quizá porque yo le reprochaba la clase de vida que llevaba, pero cuando trataba de sacar este asunto a colación ella desviaba el rumbo y trataba de hablar de otra cosa.

—¿Qué opinión le merece Bellamy?

La pregunta la desconcertó un poco.

—Nunca me he detenido a pensar en él en términos analíticos. Lo encuentro agradable, eso es todo. Es educado, atento, tiene mucho dinero y un gran sentido de lo que debe hacer cuando está al lado de una mujer. Pero no sé nada de sus intimidades, si es eso lo que le interesa.

—¿Me permite una pregunta un tanto personal?

—Pruebe —sonrió la muchacha.

—¿Qué relación la unía a usted con Dorrie? Opino que eran dos caracteres opuestos. No debía existir ningún punto en común entre las dos.

—Creo que no tiene usted buena opinión de ella, cosa que comprendo perfectamente. Pero Dorrie no era mala. Nos apreciábamos de veras. Su único defecto era ser, demasiado ambiciosa.

—Tenía otros defectos y usted lo sabe. Una mujer honesta no hubiera llevado la vida que ella llevó.

—Todo puede cargarse en la cuenta de su ambición. No se interesaba realmente por los hombres que pasaron por su vida, únicamente intervenía en ello su ansia de riqueza.

—Eso tiene otro nombre más desagradable —refunfuñó Dugan, mientras sacaba el paquete de cigarrillos y le ofrecía uno a la hermosa muchacha.

Después de encenderlos prosiguió:

—Según la declaración de Bellamy, Dorrie le dejó porque había encontrado la oportunidad de su vida. Fueron sus mismas palabras. ¿Qué sabe usted de esa «oportunidad»?

Debby hizo un mohín y titubeó. Sus grandes ojos negros miraban al teniente con cierta simpatía, quizá pensando en lo que debía haber sufrido a causa de Dorrie.

—Es desagradable todo esto, ¿no cree? —murmuró.

—Pero necesario si queremos adelantar en esta investigación.

—Sí, supongo que así es. Bien, Dorrie conoció a alguien con tanto dinero que hasta ella se impresionó. También, utilizando sus palabras, dijo «que había tendido sus redes y que el tiburón había caído en ellas».

—¿Qué clase de tiburón, no pronunció nombres?

—No. Sobre eso fue muy reservada. Pero estaba loca de entusiasmo, porque al fin iba a tener cuánto había ambicionado siempre. Dijo, eso sí, que esta vez iba a batallar con alguien que poseía muchos millones.

—No podemos hacer nada con un dato tan vago.

—Es cuanto recuerdo que ella me dijera.

—Por supuesto, no le reprocho a usted que los informes sean inútiles.

Aplastó el cigarrillo en un cenicero. No había consumido ni la mitad. Tras unos instantes de reflexión varió de rumbo.

—Veamos otro aspecto del asunto —dijo—. ¿Qué le sugiere a usted el nombre de Keith Hearn?

—Nada.

—¿Está segura?

—Absolutamente.

—¿No lo pronunció nunca ella?

—¿Dorrie? No lo creo. Lo recordaría.

—Bien. ¿Y el de Johnny Baker?

Un destello de comprensión pasó por la limpia mirada de la muchacha.

—Ése sí —murmuró.

Dugan no pudo contener un suspiro. Al fin estaban llegando a algo positivo.

—Adelante, Debby —dijo, utilizando el diminutivo instintivamente.

—Dorrie odiaba a ese hombre. No se andaba por las ramas al hablar de él. Sentía un odio profundo contra Baker.

—Ahora estamos llegando a alguna parte. ¿Desde cuándo conocía a Johnny Baker?

—Eso no lo sé. Pero hace un par de semanas él la llamó por teléfono y ella se puso furiosa. No quiero recordar las palabras que utilizó en aquella ocasión.

—Tendrá que recordarlas, Debby, es importante. ¿De qué habló por el teléfono?

—Primero acusó a Baker de haberla seguido hasta aquí. Le llamó infinidad de cosas insultantes. A juzgar por sus palabras, él estaba riéndose. No puedo aclararle mucho de esa conversación, pero fue una continua catarata de insultos. Finalmente, accedió a reunirse con él. Se marchó de aquí con el rostro demudado por la ira.

—¿Recuerda usted dónde se reunieron?

—En el «Dakota», un club instalado en un sótano de Sonoma Street.

—La idea de reunirse en ese club debió partir de Johnny Baker, ¿no es cierto?

—Efectivamente. Ella no sabía dónde estaba y se lo hizo explicar por teléfono. Yo lo conozco porque he estado en él algunas veces.

Dugan reflexionó rápidamente. Vislumbraba la posibilidad de poder complicar a Johnny Baker lo suficiente como para obligarle a confesar qué clase de relación existía entre él y Dorrie. Sólo que hubiera un testigo que los hubiera visto juntos fuera del hotel.

—Después de esa cita con Baker —dijo—, ¿cuándo volvió usted a ver a Dorrie?

—Dos días después. Seguía estando furiosa con ese hombre. Me dijo que la había seguido el día que la llamó, así supo dónde

encontrarla. Y no estaba muy segura de que no hubiera estado siguiéndola también después.

—¿Estaba asustada?

—Más bien furiosa.

—Y de eso hace más o menos dos semanas. O sea, cuando ella y Baker ya estaban instalados en el hotel «Pyramid». No lo entiendo.

—Dorrie estaba realmente indignada contra ese hombre, teniente. Empleó los más duros calificativos al referirse a él y dejó entrever que debería terminar con semejante situación a cualquier precio.

—Es una situación extraña. Cuando me telefoneó estaba terriblemente asustada, pero según usted, anteriormente, y en lo referente a Johnny Baker no era miedo lo que éste le inspiraba, sino indignación; estaba furiosa contra él. Teniendo en cuenta la clase de alimaña que es, no deja de ser sorprendente.

—¿Se refiere a Baker?

—Seguro. Tiene un historial delictivo más largo que el «Golden Gate». Dorrie Tenía una habilidad especial para meterse en líos terminó con amargura.

—Es desagradable para usted, ¿verdad, teniente?

—¿Qué?

—Todo esto; tener que investigar el asesinato de la mujer que amaba.

—Eso pasó. Dejé de amarla hace tiempo, aunque confieso que me costó mucho. Tardé en darme cuenta de la clase de mujer que era. Pero cuando me di cuenta mis sentimientos cambiaron radicalmente. No obstante, tiene usted razón en parte; resulta desagradable tener que remover el fango en que ella se revolcó.

Debby le miraba con extraña fijeza, como si quisiera penetrar en el fondo de su mente, en lo más hondo de sus sentimientos. Sonrió levemente.

—Creo que es usted demasiado duro con ella. En parte fue una víctima de las circunstancias. Se vio empujada siempre por su incontenible ambición. Estoy cierta que ella deseaba cambiar, ser de otra manera.

—Sí, eso también me lo confesó por teléfono. Dijo algo así como que le gustaría volver a ser igual que cuando nos conocimos. Sólo que el asesino no le dio tiempo de rectificar.

Callaron durante unos momentos. Debby preguntó repentinamente:

—¿Cree usted que ha sido Johnny Baker quien... quien la ha matado?

—Puede haber sido él. Tuvo la oportunidad, y por lo poco que sabemos, el motivo, ya que ella le odiaba, lo cual demuestra que entre ambos existía un nexo de unión desagradable. Desde luego, se encontraba en su habitación del hotel cuando Dorrie fue empujada fuera del ventanal. Y su habitación da la casualidad de que se encuentra en la misma planta que la de Dorrie.

—Siendo esto así, ¿por qué no lo detiene?

Él sonrió de manera forzada.

—No es tan fácil. Hasta este momento no poseo una sola evidencia contra él, sólo sospechas. Si lo detuviera ahora sus abogados lo sacarían en cuestión de minutos. Tal vez la suerte me sonría esta noche en el club «Dakota». A propósito, ¿me permite usar su teléfono?

—No faltaba más.

Dugan marcó el número de la Central y preguntó por Shikoski. Tan pronto tuvo al detective al otro lado de la línea dijo:

—Averigüe a quién pertenece el «Dakota Club», y la clase de individuo que es el propietario. Necesito este informe cuanto antes. ¿Qué hay de las huellas?

—Ninguna pertenece a Baker —informó Shikoski—. De todas las demás, no hay ninguna registrada en nuestros ficheros.

—Hay algo que me preocupa. Escucha; en ese bloc de notas que hay en mi mesa encontrarás el número de teléfono y la dirección de un tipo cuyo nombre es Bellamy. Tómale las huellas dactilares y compáralas con las encontradas en la habitación del hotel.

—¿Qué hago si resulta que sí están? ¿Lo detengo?

—No, pero le apretaremos las clavijas. Según afirma, hace cinco meses que no veía a Dorrie.

—De acuerdo, teniente. Los chicos del laboratorio están haciendo cuánto pueden con la nota amenazadora, pero no tienen muchas esperanzas. El papel es de lo más corriente; pertenece a la hoja de una pequeña libreta de notas. Fue arrancado un tanto precipitadamente por cuanto está desgarrado de un lado. Pero, excepto eso, no creo que consigan obtener nada más.

—Mala suerte —rezongó entre dientes.

Cuando colgó, Debby le miraba con simpatía. Dijo suavemente:

—¿Le apetecería tomar un poco de *whisky*, teniente? Temo que no he sido muy hospitalaria hasta ahora.

—No, gracias; tal vez en otra ocasión. Ahora debo irme, pero volveré pronto para cotejar lo que obtenga con posibles conversaciones que usted quizá sostuvo con Dorrie.

—Por supuesto, le ayudaré en lo que pueda. Yo también deseo que el criminal sea capturado cuanto antes.

Clay Dugan despidióse y abandonó el apartamento. Se sorprendió al darse cuenta, una vez fuera, que pensaba más en Debby que en el caso que estaba investigando. Pero no le disgustó en absoluto. La muchacha era tan hermosa que resultaba un alivio poder evocar su rostro dulce y su tentadora figura.

Tan pronto llegó a su despacho, esos pensamientos fueron barridos por los acontecimientos inmediatos.

—Hay un hombre aguardándolo, teniente —le informó el sargento de servicio—. No ha querido dar su nombre. Tampoco está dispuesto a hablar con nadie que no sea usted.

—¿Ha dicho por qué razón?

—Seguro. Porque es usted el oficial que dirige la investigación del caso de Dorrie Greaves.

—Entiendo. Envíemelo a mi despacho, sargento. Le recibiré ahora mismo.

El desconocido era un hombre que había rebasado hacía tiempo los cincuenta años. Respiraba prosperidad por todos sus poros, y en otras circunstancias, debía hacer gala de un aplomo y una seguridad en sí mismo asombrosas. Sólo que cuando entró en el despacho estaba nervioso y no se preocupaba de disimularlo.

—Siéntese —le indicó Dugan, sin dejar de observarlo—. Me han dicho que quiere hablarme respecto al asesinato de Dorrie Greaves.

—Sí. Así es.

—¿Su nombre, por favor?

—Claro, mi nombre... ¿Puedo confiar en su absoluta discreción, teniente?

Éste suspiró.

—Por supuesto. Excepto, claro está, que lo que usted me diga deba ser empleado en el juicio que se seguirá contra el asesino en su

día.

Eso le dio algo que pensar al desconocido. Su prominente barriga se estremecía a cada movimiento. Dugan captó la viveza de sus ojos y la resolución que se reflejó en ellos en un momento determinado.

—Muy bien, correré el riesgo —masculló—. Pero debe garantizarme que sólo en esas circunstancias mi nombre saldrá a la publicidad.

—De eso puede estar seguro.

—¿No será usted uno de esos policías que tienen compromisos con los periódicos, teniente? He oído decir que algunos redactores sensacionalistas recompensan a los policías que les faciliten informaciones antes que la competencia las averigüe.

Clay sonrió, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Olvídelo —dijo—. Ningún periodista sabrá nada de su visita a este despacho. No obstante, ¿debo entender que usted considera sensacional lo que tiene que decirme?

—Puede afirmarlo.

—Bien, le escucho. Empecemos por su nombre, si no tiene inconveniente.

—Me llamo Abbot Haskell. Tal vez usted haya oído hablar de las industrias conserveras Haskell.

—Creo recordar unos anuncios de sus productos.

—Debería usted recordar mucho más, teniendo en cuenta la fortuna que me cuesta la publicidad. En fin, ése es mi nombre.

—Perfectamente. Ahora veamos qué es lo que sabe usted de este asunto. ¿Conoció usted a Dorrie Greaves?

—¿Qué si la conocí dice usted? —Su rostro se congestionó. Dugan enarcó las cejas. El gordo añadió—: ¡Ojalá no la hubiera conocido nunca! Usted no puede saber hasta dónde llegaba su perfidia.

El teniente hizo una mueca.

—La conocí perfectamente —dijo—. Pero continúe.

—Me estafó. Una fortuna. La muy zorra. ¡Me dejé estafar como un incauto!

Dugan se echó hacia adelante.

—Un momento. ¿Cuándo conoció usted a Dorrie?

—Hace algún tiempo. ¡Condenación! Debí haberme roto las

piernas el día que la conocí.

—¿Cuánto tiempo? Es importante, señor Haskell.

—Bueno... Alrededor de cinco o seis meses.

Dugan se echó hacia atrás, recostándose en el respaldo del sillón.

—«La oportunidad de su vida» —murmuró.

—¿Qué dice?

—Nada, no importa. Siga. ¿Cuánto le estafó?

Haskell aspiró hondo, como si se dispusiera a realizar un violento esfuerzo. Su voz se enronqueció cuando dijo:

—Casi un millón de dólares.

La cifra cayó como una bomba sobre la mesa. Clay Dugan se quedó sin habla y le pareció que acababa de recibir un mazazo.

Acababa de descubrir otra de las desagradables facetas de Dorrie.

CAPÍTULO VI

El silencio se prolongó pesadamente por espacio de un minuto. Al fin, el teniente gruñó:

—¿Cómo consiguió «sacarle» esa cantidad de dinero?

—Se apoderó de un cheque de cada una de mis cuentas comerciales, ¿entiende? Las tengo abiertas en la mayoría de los Bancos de la ciudad. También debió conseguir los saldos de todas ellas para no sacar una cantidad demasiado elevada.

—¿Quiere decir que falsificó esos cheques, o su firma, señor Haskell?

—¡Claro que falsificó mi firma! Pero de tal manera que ni uno de los cajeros de los Bancos sospechó siquiera.

—De modo que cuando fue asesinada tenía en su poder nada menos que una montaña de dinero.

—Ochocientos noventa mil dólares exactamente, sacados de trece cuentas distintas.

Dugan suspiró:

—Era lo único que nos faltaba. En su habitación del hotel no se encontró un solo dólar. Pero ahora ya sabemos el motivo del crimen. Apoderarse de esa fortuna.

—¿Quiere decir que no podremos recuperar mi dinero?

—No hasta que cacemos al criminal, puesto que no cabe duda que es él quien se llevó el dinero en última instancia. Veamos, ¿dónde guarda usted esos talonarios de cheques?

—Normalmente en mi oficina. Pero durante dos o tres días los tuve en mi domicilio particular. Los llevé a casa junto con otros muchos documentos del negocio para realizar un estado de cuentas. Necesitaba poner al día mis declaraciones de impuestos y en la oficina no dispongo de un minuto para comprobarlas, de modo que decidí hacerlo en casa.

—O sea, que Dorrie debió robarle los cheques en su domicilio.

—Supongo que es, una pregunta estúpida por mi parte, pero ¿por qué estaba ella en su casa, señor Haskell?

—Bien... La conocí en una fiesta, intimamos y... Bueno, se mostró muy complaciente conmigo.

—Ya veo...

—Era una mujer sensacional, ¿sabe usted?

Dugan palideció.

—Sí, lo era —dijo con un gruñido—. De modo que usted la llevaba a su casa corrientemente. ¿No tiene usted familia?

—Soy viudo. Tengo un hijo establecido en Nueva York, al frente de nuestra delegación del Este, de manera que vivo solo.

—¿Sabía ella con anticipación que iba a llevar usted esos talonarios a su domicilio?

—No podía saberlo. Nadie lo sabía.

—¿Había estado Dorrie alguna vez en su despacho?

—Un par de veces, aunque nadie supo lo que había entre ella y yo.

—Así que tuvo ocasión de ver sus talonarios en la oficina.

—Bueno, creo que pudo verlos, naturalmente. Los guardaba en el primer cajón de mi mesa.

—Trece talonarios debieron llamarle la atención inmediatamente. Pero aquí hay algo muy extraño. ¿Le importaría mostrarme su firma, señor Haskell?

—¿Mi firma? Bueno, deme un papel.

Sacó una pluma estilográfica del bolsillo y estampó su firma en la hoja de papel que el teniente le presentó. Era una firma casi ilegible, con un complicado arabesco por rúbrica. Dugan enarcó las cejas.

—Ella no pudo falsificar semejante firma —masculló.

—¿Cómo dice?

—Conocí a Dorrie perfectamente. No tenía aptitudes para una cosa así. Sólo un profesional pudo falsificar su firma con suficiente perfección para engañar a los cajeros de los Bancos.

—¿Quiere decir que ella tuvo un cómplice?

—Seguro. Y posiblemente ése cómplice haya decidido que ochocientos noventa mil dólares son más apetecibles que cuatrocientos cuarenta y cinco mil solamente.

—Comprendo. Lo que no alcanzo a comprender es cómo puede

usted estar tan seguro de que ella no era capaz de falsificar mi firma, teniente.

Éste soltó un juramento entre dientes. Luego masculló:

—Porque yo, señor Haskell, estuve casado con ella durante un año.

—¡Diablos! ¿Cómo iba yo a saber...? Lo siento.

—Olvídelo, es algo que pasó. Pero gracias a eso sé hasta dónde podían llegar las habilidades caligráficas de Dorrie. Ella jamás hubiera sido capaz de conseguir una falsificación semejante. ¿Tiene usted aquí los cheques falsificados?

—Los guardo en mi caja fuerte, en la oficina.

—Vamos a necesitarlos. También será preciso hablar con esos cajeros para saber si recuerdan quién cobró los cheques.

—Mire, yo he hecho esas averiguaciones. Sin la menor sombra de duda, Dorrie se presentó personalmente a cobrarlos.

—¡Qué estúpida!

—¿Cómo?

—Se dejó engatusar por su socio. Un profesional jamás se hubiera arriesgado de ese modo. Hubiera enviado a una persona cualquiera mediante excusas, o une propina.

—Sí, posiblemente, usted tiene razón. Yo lo pregunté a algunos de los cajeros porque ya supuse que ustedes darían ese paso. No me conviene que se levante demasiada polvareda alrededor de este asunto, y si ustedes empiezan a visitarlos, tarde o temprano la cosa se hará pública.

—¿Tanto le teme a esa clase de publicidad?

—Sería fatal para mis negocios. Además, no quiere tener que enfrentarme con mi hijo. Con tiempo podré disimular esa pérdida, pero si se hiciera público ahora este asunto mi crédito sufriría una enorme baja.

—Ya veo. ¿A cuántos cajeros interrogó usted?

—A ver, déjeme pensar... A cinco.

—De modo que faltan ocho más. Será preciso preguntarles. Tal vez en alguno de los Bancos se presente el socio y consigamos así una descripción de él.

—Deje que me encargue yo de eso, teniente. Le aseguro que sé cómo tratar a esos empleados de Banco.

—De acuerdo. Si ha podido sacarles la descripción de Dorrie, lo

mismo podrá conseguir la de un hombre. Aunque, sinceramente, señor Haskell, no creo que tengamos suerte por ese lado. El tipo debió mantenerse en segundo plano.

—Supongo que para poder recobrar mi dinero, cuando llegue el caso, debo presentar ahora una denuncia, ¿no es cierto?

—En efecto.

—Con lo cual, el caso llegará a oídos de los reporteros.

—No necesariamente. Podemos hacer las cosas de modo que su denuncia conste como parte de su declaración. Nosotros, en la Brigada, mantendremos esa declaración en secreto, excepto si debemos usarla para presentarnos ante el tribunal.

—Conforme. Es usted muy razonable, teniente. Lamento lo que sucedió entre ella y yo, pero no tenía ni idea de que usted... Bueno, de que hubiera estado casado con Dorrie.

—No importa, pertenece al pasado y a mi vida privada, y esta nada tiene que ver con el servicio. Ahora pasemos a otro asunto, señor Haskell. ¿Cuándo dejó de ver a Dorrie?

—No es que dejase de verla. No me dijo una palabra de que pensaba dejarme. Naturalmente, debió temer que yo sospechase algo. Habíamos quedado para reunirnos anteayer por la noche a la hora de la cena, pero ella no acudió. Ya no he vuelto a verla hasta que esta mañana he leído la noticia en el periódico.

—Supongo que en sus conversaciones, ella le hablaría de su pasado, aunque fuera para contarle una historia completamente falsa, ¿no es cierto?

—No estoy en situación de saber si era falsa o no, pero ella me dijo que había estado casada con un hombre llamado Greaves, pero que se había separado de él hacía unos dos años.

—En eso le dijo la verdad. ¿Le habló de alguien llamado Bellamy?

—¿Bellamy? No lo nombró nunca, pero yo conozco a alguien llamado así. Precisamente, la fiesta donde nos conocimos Dorrie y yo era dada por él.

—¿Y nunca supo usted que Bellamy fue el amante de Dorrie hasta que lo plantó por usted?

El financiero sufrió un leve sobresalto.

—No. Nunca lo sospeché siquiera.

—Bueno, pasemos a otro nombre: Keith Hearn.

—Nunca oí ese nombre.

—¿Y el de Johnny Baker?

—Tampoco. Oiga, ¿también esos dos y Dorrie...?

—No; en realidad, «esos dos» son uno solo, y sus relaciones con Dorrie sospecho que fueron más bien «financieras». Pero ¿está seguro que ella no mencionó nunca el hombre de Baker?

—Con toda seguridad. Lo recordaría perfectamente.

—Está bien. Cuando usted la vio los últimos días.

—No comprendo. ¿Quiere decir si estaba asustada?

—Algo así. Podía estar nerviosa, o inquieta.

—No creo que lo estuviera. ¿Insinúa que ella sabía anticipadamente que estaba en peligro?

—Con toda seguridad. Recibió una nota conteniendo una amenaza. Y después, la misma amenaza le fue formulada por teléfono.

—Nunca me habló de eso. Es extraño que no lo hiciera.

—Debía estar demasiado preocupada con su golpe. En fin, hablará usted con uno de mis agentes y él tomará nota de su declaración, de modo que podemos considerarla confidencial, y al mismo tiempo hacer constar su denuncia, a fin de recuperar su dinero, si aparece. A propósito, ¿no está usted asegurado contra el robo?

—Sí, pero no creo que consiga nada. En realidad, creo que ese delito entra dentro de la calificación de estafa.

—Consúltelo con su compañía aseguradora. Ellos mantendrán silencio también y emprenderán pesquisas por su cuenta. Por regla general, las compañías de seguros tienen excelentes investigadores, y tal vez nos ayuden sin proponérselo.

—Así lo haré. En cuanto a los cheques...

—Mándemelos por correo. Serán una prueba si conseguimos detener al artista que los falsificó.

—Perfectamente. Me alegro de haber hablado con usted, teniente. Le confieso que tenía mis dudas al venir hacia aquí. He oído contar tantas cosas desagradables sobre ciertos policías que... Usted me entiende, ¿no es cierto?

—Sí, perfectamente.

Dugan se levantó, abrió la puerta y llamó a uno de los detectives, al cual traspasó al denunciante. Luego, al quedar solo,

regresó a su sillón basculante y se quedó inmóvil, reflexionando sobre aquella nueva faceta desconocida para él del carácter de Dorrie. Pensó en los extraños caminos del destino y una vez más lamentó no haber aceptado la sugerencia del capitán Jacobs de traspasar el caso a otro oficial.

CAPÍTULO VII

A última hora de la tarde llegó Shikoski al despacho, Dugan le miró y le hizo un gesto invitándole a sentarse.

—Estoy hecho polvo —se lamentó el detective—. He corrido más millas que en una competición. Nadie parecía saber nada del propietario del club «Dakota».

—¿No sabían nada o no querían hablar?

—Ahora sé que no querían decir una palabra sobre él. Es un tipo con muy malas pulgas a juzgar por lo que he averiguado.

—Espero que hayas averiguado algo más que eso, de lo contrario nos encontraremos metidos en otro callejón sin salida.

—¡Oh, seguro que he sacado un montón de datos! Empezando por el nombre verdadero del fulano, que es Harry Ormon. Ha estado procesado, dos o tres veces según mis informantes. Uno por intento de violación. Salió absuelto. Otra por falsificación de documentos de...

—¿Qué has dicho?

Dugan se había incorporado y a Shikoski le extrañó tanta excitación por algo aparentemente sin importancia.

—Digo que fue procesado por falsificación de documentos públicos. Esta vez le condenaron a dos años. Y fue detenido más tarde por asociación con delincuentes conocidos estando en libertad condicional, pero le dejaron en paz cuando sus abogados hicieron presión. Después de eso parece que decidió cambiar de actividades y montó el club «Dakota». Todo el mundo coincide en que es un negocio que rinde buenos dividendos.

—De manera que es un falsificador.

—Por lo menos, lo fue hace algunos años.

—La cabra siempre tira al monte —rezongó Dugan.

—No comprendo. ¿Qué tiene que ver un falsificador con nuestro caso de asesinato?

—Han surgido algunas novedades que te contaré después.

El teniente levantó el teléfono de comunicación interior y pidió que le enviaran el prontuario de Harry Ormon. Entretanto, su mente estaba dando vueltas a un proyecto que, entre otras cosas, tenía la ventaja de ser extremadamente agradable, por cuánto le permitiría ver otra vez a la sugestiva Debby.

Colgó el aparato. Shikoski dijo:

—Hasta este momento no ha habido suerte en lo concerniente a Johnny Baker. Nadie parece haberlo visto en compañía de Dorrie.

—Estuvieron juntos en el *cabaret* «Dakota». Él la citó allí, cosa que no deja de sorprenderme.

—¿Por qué?

Clay Dugan procedió a poner al corriente a Shikoski de la fenomenal estafa perpetrada por Dorrie poco antes de su muerte. Esa noticia tuvo la virtud de dejar al detective de primera mudo de estupor.

Cuando recobró la voz balbució:

—¡Qué pellizco, madre mía! Ochocientos noventa mil «pavos».

—Y que deben hallarse en un lugar bien seguro a estas horas. ¿Comprendes ahora por qué resulta interesante que Ormon fuera condenado por falsificador? Él pudo haber realizado las firmas de los cheques.

—¡Claro que pudo hacerlo! Y luego, Baker citó a Dorrie en el club de Ormon. Realmente, creo que tiene usted razón; es demasiada casualidad.

—Esta noche le apretaré las clavijas a Ormon. Y también me encargaré de soplarle las orejas a Baker.

—Hay otra cosa en la cual acertó usted, teniente. Las huellas de ese individuo, Bellamy, están entre las sacadas de la habitación del hotel.

Dugan dio un respingo.

—¿Estás seguro?

—Sin la menor duda. Fueron encontradas en dos tiradores de otras tantas puertas. La del dormitorio y la del baño. También había huellas tuyas menos claras, en una botella de *whisky*.

—¡Vaya con el simpático Bellamy!

—¿Es importante?

—Todavía no lo sé, pero él afirmó que no había vuelto a ver a

Dorrie desde que se separaron, hace cinco meses. Pero se da la circunstancia de que ella llevaba poco tiempo en el hotel, unas semanas tan solo. De modo, Shikoski, que Bellamy mintió. Estuvo en el hotel muy recientemente. Otro al que habrá que tratar con mano dura, y al mismo tiempo, una complicación más. Hay demasiada gente que se movió alrededor de Dorrie y que luego no están dispuestos a hablar de ello con la policía.

Dugan se levantó, disponiéndose a dejar el despacho. Pero antes de irse dispuso:

—Encarga a alguno de los muchachos que haga una discreta investigación en torno a Abbot Haskell. Yo voy al archivo a ver qué pasa con el prontuario de Ormon. Luego tengo otra cosa que hacer, de modo que te quedarás aquí. Yo te llamaré a intervalos por si surge cualquier novedad.

Shikoski le vio salir con el ceño fruncido, pero casi al instante Dugan entró otra vez seguido de un agente que llevaba una carpeta amarilla muy abultada.

—Gracias —masculló Dugan—. La devolveré cuando termine.

Examinó primero la fotografía de Harry Ormon. Era un hombre de unos treinta y cinco años, pero contando con que la foto era de cinco años atrás calculó que rondaría los cuarenta. Leyó los datos personales del individuo, dándose cuenta de que era uno de esos hombres que han sido marcados por el delito desde su primera juventud.

Después leyó su historial, prestando especial atención en el cargo de falsificación. Según constaba en el documento, su habilidad para esa rama del delito había sido extraordinaria. Sólo se debió a la casualidad que la falsificación cometida fuera descubierta, ya que aparentemente los documentos eran genuinos.

Media hora más tarde cerró el prontuario y se echó atrás para encender un cigarrillo. Todo aquel asunto estaba tomando unos derroteros insospechados. Incluso podían formarse un montón de hipótesis capaces de explicar muchos de los misterios que lo rodeaban.

Sin embargo, todavía no encajaba bien la presencia de Johnny Baker en el embrollo. O quizá fuera tan claro el papel que había jugado en él que resultaba al fin sorprendentemente fácil meterlo entre rejas.

Se levantó, volvió a repetir sus instrucciones a Shikoski y salió a la calle en busca del coche.

Empezaban a encenderse las luces de las calles y los escaparates cuando llegó ante el «edificio Wolworth». Debby le recibió con una sonrisa y una vez más Dugan buceó en la profundidad de aquellas negras pupilas, tranquilas y quietas como la superficie de un lago en la noche.

—Pase, teniente —invitó la muchacha—. ¿Ha descubierto usted algo más?

—Algunas cosas, pero no he venido a discutir las con usted ahora.

—¿No?

El carraspeó, titubeante. Luego dijo de un tirón:

—Estoy aquí para invitarla a cenar esta noche. En el club «Dakota» precisamente.

La sorpresa se reflejó en el bello rostro de Debby.

—¿Habla usted en serio, teniente?

—Absolutamente en serio. Necesito estar allí esta noche, captar el ambiente y esperar a ver si mi corazonada se convierte en realidad.

—¿Qué corazonada?

—Sospecho que Johnny Baker y el propietario del club están complicados en el caso. Espero que Baker cometa un desliz y se entreviste con Ormon esta noche. Si no ocurre así, interrogaré al propietario sin más rodeos. Pero si me siento en una mesa, solo, durante un par de horas, llamaré la atención, ¿comprende?

—Sí, creo que sí.

—¿Y...?

—Acepto —decidió de repente, sonriendo—. En cierta forma, me gustará esta especie de aventura. Tendrá usted que aguardar a que me arregle un poco, teniente.

—Opino que está usted encantadora con ese atuendo.

—¿Se propone galantearme al mismo tiempo? —rió, dirigiéndose a una habitación interior.

—Expongo una opinión, eso es todo. Y deberá usted tratarme con más familiaridad si hemos de compartir la cena, Debby.

Ella se volvió. Una suave sonrisa aleteaba en sus labios. Asintió con un gesto. El añadió:

—Puede llamarme Clay y yo seguiré llamándola Debby. ¿De acuerdo?

—Perfectamente.

Entró en la habitación y el teniente quedó solo. Entonces cayó en la cuenta de que hacía infinidad de tiempo que no cenaba en compañía de una mujer y se sintió eufórico. Incluso pensó que hubiera sido muy agradable que la cena fuera simplemente eso; una cena entre Debby y él exclusivamente, sin la sombra de Dorrie ni las exigencias del servicio por en medio.

Ella tardó casi quince minutos en aparecer nuevamente. Se había enfundado en un vestido gris plata, muy ceñido hasta la cintura y con un gran vuelo de falda. Un gran escote dejaba al descubierto sus hombros suaves. Dugan se estremeció.

—Tengo la impresión de que mis ideas van a estar un tanto revueltas esta noche —dijo—. ¿Se ha mirado usted al espejo, Debby?

—Naturalmente.

—Ya lo imaginaba. Lo ha hecho adrede.

Ella rió. La tomó del brazo y abandonaron el apartamento.

CAPÍTULO VIII

El «Dakota Club» estaba instalado en unos grandes sótanos a los que se descendía por un oscuro tramo de escalera que se hundía en la acera, bajo unos edificios dedicados casi por entero a oficinas, lo cual era una ventaja por cuanto, durante la noche, nadie podía molestarse por los frecuentes escándalos provocados por los clientes que habían, bebido más de lo que podían resistir.

El interior contrastaba no poco con el exterior. Todo lo que en la entrada y alrededores ora oscuridad y sordidez, dentro se convertía en lujo con un montaje que acreditaba la pericia del decorador... Había el inevitable mostrador en forma de herradura, una pista encerada, un pequeño escenario empotrado al fondo, desde el cual la orquesta lanzaba sus melodías, y una gran profusión de diminutas mesas esparcirían estratégicamente alrededor de la pista.

Dugan y la muchacha, se acomodaron en una de ellas. El policía paseó la mirada por el local, catalogando a la clientela, dándose cuenta de que el ambiente alegre no carecía de cierta distinción, a pesar de que distinguió a dos o tres individuos cuyas fotografías y demás datos constaban en los ficheros policíacos.

Durante la cena apenas si cambiaron palabra. Desde la mesa que Dugan, había elegido se dominaba perfectamente la entrada y el bar... En su fuero interno reconocía que era problemático que Johnny Baker apareciese aquella noche, por mucho que estuviera en combinación con el propietario del *cabaret*. No obstante pensó que mientras pudiera gozar de la compañía de Debby eso no le importaba demasiado. Habría ocasiones sobradas de apretar las clavijas al flemático tahúr.

Fue cuando la cena estuvo terminada y ambos saboreaban una agradable copa de licor que ella dijo:

—¿Por qué cree usted que Dorrie le telefoneó, teniente?

El enarcó las cejas.

—¿Teniente? —protestó.

—Es cierto, ha sido un desliz imperdonable —rió Debby—. Olvidé que debía llamarle Clay.

—Y no estaría de más que nos tuteásemos. No olvide que somos una pareja que ha venido aquí solo a divertirse.

—Me parece muy bien. Pero no ha respondido a mi pregunta.

—Bien, Dorrie se dio cuenta de que estaba metida en un apuro del que le iba a ser difícil escapar. La amenaza que pendía sobre ella resultó que era real, y pensó que ninguno de sus «admiradores» podía sacarla del lío. Debió creer que yo estaba en situación de ofrecerle una seguridad absoluta en mi calidad de policía. O quizá sus ideas eran otras. Tenía un fortunón en sus manos cuando murió.

—¿Dorrie una fortuna? Bromea usted.

—Nada de broma.

Le contó en pocas palabras la jugarreta de los cheques y detalló la cantidad de que se había apoderado. Sólo mantuvo en el anonimato el nombre de la víctima de semejante estafa.

Debby pareció quedar anonadada.

—Jamás hubiera sospechado una cosa semejante de Dorrie —balbució—. Era ambiciosa, pero no creí en ningún momento que lo fuera hasta ese extremo.

—Ahí tiene el motivo de que fuera asesinada. Y eso hace que me pregunte qué tenía reservado para mí. Debía saber que, aunque yo acudiese en su ayuda, tarde o temprano el hombre al que había desvalijado la denunciaría... y entonces no tendría escape si yo estaba cerca.

—Quizá pensó que podría sobornarlo con esa cantidad.

—No, ella conocía mi modo de pensar al respecto. Mi rigidez sobre este asunto fue uno de los motivos que determinó su decisión de abandonarme.

—Comprendo.

La orquesta había iniciado un bailable de lenta melodía. Algunas parejas salieron a la pista. Dugan propuso:

—Una pareja que ha venido a divertirse debe hacerlo, de modo que será mejor que salgamos a bailar si no tiene inconveniente.

—Está bien —rió la muchacha—; si eso forma parte del servicio policíaco, adelante.

La enlazó por la cintura. Sintió la tersura del cuerpo bajo su

mano y se estremeció. Ella se adaptaba a él confiadamente, dejándose mecer por el placer del baile y la sensualidad de la música.

Al cabo de unos instantes, Dugan murmuró:

—Esta resulta una misión muy agradable, Debby.

—¿De veras?

—Para mí, sí...

Ella levantó la mirada y le sonrió. La proximidad del rostro, con el brillo de los labios tan cerca, obligó al policía a dominar sus impulsos. Temió no poder hacerlo y estropearlo todo con una acción precipitada.

Debby bailaba con alada soltura, como si sus pies apenas rozaran el suelo. Dugan dijo:

—Hace tanto tiempo que no bailaba que ya he perdido la cuenta. Creo que he vivido demasiado aislado hasta ahora. Había olvidado el placer que produce una compañía como la tuya.

—¿Eso forma parte de la misión oficial, o es una opinión privada?

—Tienes derecho a reírte, por supuesto, pero he hablado en serio, Debby.

La miró a los ojos y ella sostuvo su mirada. Sus labios rojos se abrieron ligeramente cuando sonrió.

—Entonces, es agradable para mí que lo hayas dicho.

El desvió los ojos para huir del hechizo de aquella boca. Entonces vio a Johnny Baker, plantado bajo el arco de la entrada, y todos sus nervios dieron un tirón.

La muchacha notó la súbita rigidez de sus músculos.

—¿Qué sucede, Clay?

—Ha llegado —susurró—. Aquél es Johnny Baker.

Ella buscó al tahúr con la mirada, mientras se movía en el centro de la pista. Sin saber bien por qué, se apretó más contra Dugan sin pronunciar una palabra.

Baker giró una mirada en torno al local, encendió un cigarrillo y acto seguido le vieron hablar brevemente con un camarero. Éste asintió a algo que el otro le preguntaba y se alejó. Baker avanzó entonces hacia el bar, estuvo allí el tiempo justo de tomar un *whisky* e inmediatamente se encaminó a un lado, donde había una puerta cerrada.

Dudó unos momentos y al fin la abrió, desapareciendo en el interior.

Dugan masculló:

—Los lobos se reúnen.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada. Mi venida aquí ha sido solamente para comprobar que hay un nexo de unión entre Ormon y Baker. Ahora ya no me cabe duda. Los interrogaré por separado cuando sea el momento.

—¿No temes que puedan escapar, si están complicados en el crimen?

—No lo harán; sería tanto como confesar su culpabilidad. Además, hasta el momento, saben perfectamente que no tenemos nada concreto y definitivo contra ellos. Lo que me pregunto es si serán socios también en el negocio de los ochocientos noventa mil...

Volvieron a la mesa y allí Dugan permaneció un rato pensativo, reflexionando a fondo sobre lo que más le convenía hacer a partir de aquel momento.

Oyó que Debby murmuraba algo y parpadeó.

—Perdona, no prestaba atención. ¿Qué decías?

—Puedes ir si quieres. Te esperaré aquí.

—No me interesa levantar la caza tan pronto. Además, estando juntos, no es conveniente. Aparte de que tampoco te dejaría sola. Tu compañía vale más que todos los granujas de la ciudad.

—Clay...

El clavó sus ojos en aquel rostro que le turbaba.

—Dime.

—No necesitas mostrarte galante si no quieres. Comprendo bien que estás cumpliendo con tu deber y...

—Calla.

—Por favor...

—No sigas —la atajó él nuevamente—. Siento que a tu lado podría olvidar el deber, la obligación y todo cuanto no fueras tú. Te hablo con entera sinceridad, Debby, a pesar de que no es mi fuerte el galanteo. Desde que Dorrie se fue...

—Sigue, Clay —susurró la muchacha al notar que se interrumpía.

—Quería decirte que no ha habido otra mujer en mi vida.

Los labios de la muchacha temblaron.

—No puedo creerlo...

—Tú sabes lo que quiero decir. No había vuelto a interesarme por una mujer. Por supuesto, ha habido las consabidas aventuras, pero éstas no dejan huella. Lo que quiero decirte con eso es que nunca, desde que ella se separó de mí, jamás había deseado tanto estar junto a una mujer por el simple placer de tenerla al lado, de mirarla y escuchar su voz.

Ella no replicó, pero sus luminosas pupilas expresaron con su brillo inusitado lo que esas palabras significaban también para ella.

Ninguno de los dos hubiera podido decir cuánto tiempo estuvieron mirándose en silencio. Fue un paréntesis que los aisló de cuánto les rodeaba, produciéndoles la sensación de que sólo ellos existían en un mundo ideal poblado de belleza.

Cuando por fin el encanto quedó roto, Dugan se echó atrás en la silla, encendió un cigarrillo y rehuyó la penetrante mirada de la muchacha.

Se sorprendió cuando ella dijo:

—Ahora me gustaría bailar, Clay.

—Por supuesto, perdóname...

Bailaron una y otra vez, estrechamente abrazados elevados muy por encima de los demás bailarines que evolucionaban a su alrededor.

Dugan no necesitó de ningún esfuerzo para olvidar la misión que le había llevado al «Dakota». No obstante, estaba preocupado. Preocupado y un tanto asustado por la intensidad de las emociones que Debby despertaba en su interior, unas profundas sensaciones que no experimentaba desde años atrás.

Era muy tarde cuando ambos empezaron a pensar en volver a la mesa, justo en aquel momento se abrió la puerta por la que al principio había entrado Baker, y éste apareció bajo el umbral llevándose un cigarrillo a los labios. Fue una aparición inesperada, por cuanto Dugan no pensaba en él. Casi dejó escapar una maldición al comprender que estaba demasiado cerca de la puerta para pasar inadvertido, y, en efecto, Johnny Baker, al disponerse a encender el cigarrillo, advirtió la presencia del teniente y el cigarrillo casi escapó de sus labios.

No obstante, una vez más, demostró que sus nervios estaban templados en la dura escuela del cinismo. Sonrió y saludó a Dugan

con una ligera inclinación de cabeza. Acto seguido retrocedió y, en lugar de salir, volvió a entrar a lo que Dugan opinaba que era la oficina de Ormon. La puerta se cerró y todo recobró la normalidad.

—Apuesto, que los dos socios están teniendo una sesión de negocios muy agitada —dijo entre dientes, mientras acompañaba a Debby a la mesa.

En esta ocasión, Johnny Baker tardó sólo unos minutos en reaparecer. Salió del despacho y recorrió todo el local con la mirada hasta que descubrió a la pareja. Entonces avanzó hacia ellos con un perfecto dominio de sus nervios.

Dugan levantó la cabeza cuando el tahúr se detuvo a su lado.

—Hola, Johnny —dijo.

—¿Se divierte usted, teniente? Aunque ésta es una pregunta idiota después de ver a su hermosa pareja... Es usted un hombre afortunado.

—Sí, ya me lo han dicho otras veces. ¿Cómo marchan los negocios, Johnny?

—¿Qué negocios?

—No sé... Los que llevas a medias con Ormon.

—Usted ve fantasmas donde no los hay, teniente. Ormon y yo somos amigos, simplemente amigos. No hay nada de negocios en esto.

—Me sorprendes, muchacho. Yo tenía otras noticias al respecto.

—Alguien ha estado burlándose de usted si es cierto que le han dicho eso. Sólo se trata de amistad, nada más. ¿Qué negocios podría haber entre Ormon y yo?

—Bueno, si esos informes que poseo están equivocados no importa mucho decírtelo. Aseguran que es algo derivado de las habilidades de Ormon como falsificador...

Esta vez, ni el férreo dominio de Baker logró dominar el sobresalto que le sacudió. Su rostro afilado palideció lo indecible y su burlona sonrisa desapareció como por ensalmo de aquellos labios finos semejantes a una rendija.

—Ve usted...

—Fantasmas —le atajó Dugan con sorna—. Ya lo has dicho antes.

—No sé de ninguna falsificación. Usted sabe que Ormon dejó eso hace años... El negocio del *cabaret* le rinde excelentes beneficios.

¿Por qué habría de arriesgarse?

—Tal vez por una suma de dinero tan enorme que tentaría al más sensato.

—No sabe de lo que habla. Ni yo mismo sé adónde quiere ir a parar...

—¿Por qué estás tan pálido, Johnny? ¿Te sientes mal?

El sarcasmo del policía barrió las últimas reservas del tahúr.

—¡Váyase al infierno, polizonte! Ya le he soportado bastante...

—Has sido tú quien ha venido a mi mesa, Johnny.

Éste giró sobre los talones y se alejó en busca de la salida.

Inquieta, Debby murmuró:

—Qué hombre más desagradable, Clay...

—No le gusta que alguien demuestre más cinismo que él. Ahora ya tiene algo en qué pensar durante el resto de la noche. Apuesto que la inquietud no le dejará pegar un ojo... a menos que yo esté rotundamente equivocado.

Llamó al camarero y abonó la cuenta. Después, ambos se levantaron, encaminándose a la salida.

—Te acompañaré a casa —decidió Clay, tomándola suavemente del brazo—. No deseo perderte de vista tan pronto.

—¿Pronto? Son casi las dos de la madrugada. Una chica no debería retirarse tan tarde.

—No debería hacerlo sola, en eso tienes toda la razón del mundo. Razón de más para que te acompañe.

Mientras el coche se deslizaba por las poco concurridas calles hacia el domicilio de la muchacha, ésta dijo con voz susurrante:

—Ha sido una velada muy agradable, Clay.

—¿A pesar del tropiezo con un pistolero?

—Eso la ha hecho más excitante.

—Vaya...

Detuvo el auto junto a la acera y apagó el motor, volviéndose hacia Debby.

—Me pregunto si tengo derecho a pedirte un beso como despedida, pequeña.

—Los muchachos de la nueva generación no los piden...

—Ya veo... Deberé modernizarme si he de seguir saliendo contigo.

La sujetó dulcemente por los hombros y la atrajo hacia sí con

suavidad. Ella se abandonó entre sus brazos, como se había abandonado durante el baile, y el beso espontáneo y fuerte, fue creciendo en intensidad y hasta convertirse en un estallido imprevisible que amenazaba con arrollar todo otro sentimiento que pudieran albergar.

Fue Debby quien trató de reaccionar, apartándose a duras penas del cepo en que se habían convertido los brazos del policía.

—Clay... —susurró.

—Debby, quisiera decirte...

—No, Clay, todavía no.

—¿Por qué?

—Es pronto aún. Deja que las cosas vuelvan a su cauce y podamos reflexionar con calma.

—Comprendo.

—No creo que lo comprendas. Mañana esperaré tu llamada pegada al aparato. ¿Conforme?

Sonrió. El aspiró aire como si estuviera a punto de ahogarse.

—¡Qué remedio...! Hasta mañana, Debby.

Ella se apeó y cerró la portezuela. Inclínándose por la ventanilla, dijo de modo casi ininteligible:

—Buenas noches, Clay... Creo que Dorrie fue muy tonta cuando te dejó.

Dio media vuelta y penetró en el edificio.

Por lo menos transcurrió un minuto antes de que Dugan reaccionase. Entonces volvió a poner el coche en movimiento, giró en medio de la calzada y, extraordinariamente contento, tomó una vez más el rumbo del «Dakota Club».

CAPÍTULO IX

Harry Ormon era tal como lo mostraba la fotografía de su ficha. Apenas si los últimos años habían cambiado aquel rostro frío de ojos velados. Dugan se fijó en sus manos, largas y delgadas, de dedos sensitivos. Llevaba las uñas bien cuidadas. El policía las imaginó trazando las firmas en los cheques con exquisito cuidado...

—No deja de sorprenderme su visita, teniente —dijo, cuando éste se hubo sentado ante su mesa escritorio—. Creo que tiene usted muy inquieto a un amigo mío; Johnny Baker.

—Tiene motivos para inquietarse —resopló Dugan—. Pero creo que tú tienes muchos más que él para sentirte inquieto, Ormon. Si te condenan otra vez, con tus antecedentes, te pasarás veinte años en el penal.

—¿De qué está hablando? No puede acusarme de nada, me porto bien desde que salí la última vez. Tengo este negocio que me va viento en popa. ¿Usted cree que me arriesgaría de nuevo?

—Déjate de teatro. Ya te arriesgaste. Además, sabes perfectamente por qué estoy aquí. Johnny te ha informado cumplidamente después que ha salido del *cabaret* esta noche.

—Usted ve visiones, teniente. Johnny me dijo que usted estaba en el club en compañía de una hermosa chica. No tengo inconveniente en decirle que Johnny parecía muy molesto con usted...

—Toda esa verborrea no te evitará lo que se te viene encima, Ormon. Y ya basta de rodeos. ¿Cuándo viste a Dorrie por última vez?

—Sí, ya sé que usted es quien lleva la investigación de este caso. Lo leí en los periódicos. Pero yo no conocía a esa mujer. Nunca la vi.

—Estuvo aquí, en el «Dakota», en compañía de Johnny. Él la citó.

—Entonces, pregúntele a Johnny, teniente.

Dugan hizo una mueca y se levantó pausadamente. Luego, inclinándose sobre la mesa, acercó su rostro al de Ormon y le espetó:

—¡Te estoy preguntando a ti ahora, bastardo! Tú conociste muy bien a Dorrie porque fuiste su socio en la falsificación de los cheques. Todo lo que me falta averiguar ahora es si también fuiste tú quien la mató para quedarse con todo el botín.

Ormon desorbitó los ojos.

—¡Usted ha perdido la razón, teniente! —protestó—. ¿Una falsificación dice usted? Desvaría...

No pudo concluir. El puño derecho del policía se disparó como impulsado por una catapulta y fue a estrellarse de pleno en el rostro del dueño del *cabaret*, el cual salió despedido hacia atrás, derribando el sofión y dando una voltereta en el aire antes de caer.

—No he venido aquí para darte ocasión de burlarte de mí, Ormon; bueno será que no lo olvides. Levántate.

Lo hizo con ciertas dificultades. Sus ojos velados despedían llamaradas de furor apenas contenido.

—¡Pagaré por esto, polizante! —barbotó—. Haré que todo el mundo sepa la manera que tiene usted de cumplir con su deber...

—Es preferible que esperes un poco porque voy a darte muchos más argumentos como éste para tus quejas. Eres un bastardo traicionero que hasta ahora ha tenido demasiada suerte. O quizá tropezaste con pocos demasiado blandos o corrompidos. Pero conmigo tus tretas se harán pedazos. ¿Cuándo viste a Dorrie por última vez, Ormon?

La pregunta rebotó entre aquellas paredes, pero no tuvo respuesta tampoco. Dugan enseñó los dientes en una mueca amenazadora. Comenzó a moverse para rodear la mesa. Dijo solamente:

—Muy bien..., si lo quieres así.

Ormon retrocedió ante el avance del policía. Estaba dándose cuenta de que aquel policía no se detendría por nada para obligarle a responder y el miedo empezó a hacer presa en sus nervios. No obstante, todavía masculló:

—Imagina que es usted muy valiente, ¿verdad, polizante? Un héroe que necesita ampararse detrás de su chapa para maltratar a la

gente...

—Olvídate de mi chapa, Ormon, y muévete porque voy a hacerte pedazos si no me cuentas todo lo que sabes de este asunto.

De nuevo le golpeó y el falsificador rebotó violentamente contra la pared que tenía a sus espaldas, cayendo después de bruces al suelo. Dugan lo agarró por el traje de su bien cortado *smoking*, obligándole a levantarse. Entonces lo sostuvo apretado contra la pared. El puño del policía estaba contraído por la ira. Ormon, aturdido por los golpes, gimió.

—¿Qué parte te prometió Dorrie por falsificar los cheques?

Ormon sacudió la cabeza de un lado a otro. La sangre brotaba de sus labios rotos y apenas podía moverlos.

El puño izquierdo de Dugan se hundió salvajemente en la barriga de Ormon, quien se dobló lanzando un chillido. Dugan le dejó entonces, viéndole aferrarse lugar al castigado con ambas manos, tambaleante, a punto de desplomarse una vez más.

—Sin chapa, Ormon —le espetó el policía—. Incluso te permito que te defiendas si puedes... Porque si no lo haces te destrozaré.

—Está loco... Le expulsarán de la policía por esto.

—Tal vez, pero no será ningún consuelo para ti cuando estés hecho pedazos.

—Pero ¿por qué, maldito sea? ¿Por qué? Usted y yo nunca nos habíamos visto... No puede tener nada personal contra mí...

—Eso crees, ¿verdad? —Los dientes del policía chirriaron al apretarlos como un cepo—. ¿No te ha dicho Johnny que yo había estado casado con Dorrie, puerco?

Fue como si hubiera recibido otro golpe. Gimió y sus ojos desorbitados miraron a Dugan con un intenso terror.

—¡No es posible...! —balbuceó.

—¿Por qué crees que siento tantos deseos de golpearte? Me he jurado a mí mismo que mataré con mis manos al asesino de Dorrie... Y hasta ahora tú acaparas todas las probabilidades.

—¡Pero yo no la maté!

—Pero falsificaste los cheques. ¡Vamos, confiésalo, de una maldita vez!

—No... Está en un error...

Inesperadamente, saltó hacia delante y la punta de su zapato se hundió en la ingle de Dugan, lanzando a éste dando tumbos hasta el

otro extremo del despacho.

—Aullando de dolor, el policía se revolvió, encorvado y con dolores de agonía atravesándole de parte a parte vio cómo Ormon se precipitaba hacia la mesa y abría cajón central.

Sacando fuerzas de donde pudo, Dugan se lanzó en tumba contra el falsificador. Vio que había conseguido empuñar una automática y llegó a tiempo de cerrar violentamente el cajón, pillándole la mano y casi rompiéndosela. Ormon gritó de dolor. Al sacar la mano de aquella especie de cepo lo hizo después de soltar la pistola.

Dugan aprovechó para descargarle otro mazazo que lo mandó dando tumbos contra la pared, donde quedó acurrucado, gimiendo y apretándose lastimosamente la mano machacada por el cajón.

Entonces el policía se apoderó de la automática, comprobó que estaba cargada y con el seguro descorrido. Lo corrió antes de guardarse el arma en un bolsillo.

—De modo que te proponías pegarme un tiro, ¿verdad Ormon? Excelente. Intento de asesinato de un policía. Otro cargo por el cual tendrás que responder.

Se acercó al encorvado individuo. El musculoso teniente ofrecía un aspecto terrible, que acabó de desmoralizar a Ormon.

—Pero antes que te presentes al tribunal —siguió diciéndole Dugan, avanzando implacable sobre él—, habrás recibido tantos golpes que acabarás deseando que te mate. Eso no podrá quitártelo nadie, y mucho menos los picapleitos que mantienes.

—¡Basta, déjeme en paz!

—Tú sabes cómo puedes evitar que te sacuda.

—¡Está loco...! ¡Va a matarme...!

—No me remordería la conciencia si lo hago.

—¡Basta! —sollozó el malhechor—... Se lo diré...

Dugan se detuvo... Sus grandes puños cerrados quedaron tan cerca de Ormon que éste se apretó contra la pared para alejarse de ellos.

—Adelante, bastardo, no acabes con la poca paciencia que me queda.

—Hablaré... Pero haré que mis abogados presenten una demanda por sus malos tratos...

—De acuerdo, estarás en tu derecho.

Ormon respiraba con dificultad. Tenía el rostro lleno de sangre y todo su aspecto era lastimoso, pero no consiguió ablandar al furioso Dugan, que esperó con actitud tensa, dispuesto a seguir machacando al bandido si éste se volvía atrás de su promesa. No obstante, Ormon no quería seguir soportando los brutales golpes del policía, de modo que empezó:

—Le diré lo que quiere saber, pero yo no la maté. No tengo nada que ver con el crimen...

—Discutiremos eso más tarde. Ahora veamos que tienes que contarme.

—Es cierto que falsifiqué los malditos cheques. Nunca debí meterme en esto... No se puede trabajar con aficionados...

—Eso lo has descubierto demasiado tarde.

—Ella los trajo... Me dijo que había mucho dinero a ganar...

—¿Cómo sabía ella que tú eras un hábil falsificador?

—Johnny se lo dijo.

—Ya veo... ¿Bajo qué condiciones hiciste el «trabajo»?

—Mil dólares por cheque. Es todo lo que saqué.

—Trece mil dólares... Me parece que mientes, Ormon. No puedo creer que después de ver las cantidades por las que estaban extendidos los cheques te conformases con tan poco.

—¡Pero los cheques estaban en blanco! Los rellenó después de firmados... No quiso decirme cuánto pensaba sacar y accedí a hacerlo por ésos trece mil.

—¿Cuánto debía cobrar Johnny?

—La misma suma.

—¿Trece mil?

—Sí...

—¿Los cobró?

—Él dice que no.

—¿Y tú?

—Sí...

—¿Cuándo?

—El día antes de... de que fuera asesinada.

—¿Te trajo el dinero aquí?

—No; me citó en un bar. Tenía un sobre con la cantidad justa. Me lo dio y se marchó. Apenas si cambiamos una palabra.

Ormon jadeaba y de vez en cuando dejaba escapar un gemido.

Estaba pálido como un cadáver.

—¿De dónde sacaste la muestra para la firma?

—La mujer trajo un pedazo de papel en el cual había una firma manuscrita. Era difícil... Necesité practicar más de cinco horas seguidas antes de obtener una buena imitación.

—Trece mil dólares por cinco horas de trabajo es un buen sueldo, ¿no crees? Ahora veamos dónde estabas anoche, alrededor de las once.

—¡Ya le he dicho que yo no la maté! No volví a verla después que me entregó el sobre.

—No espero que confieses un asesinato a las primeras de cambio... ¿Dónde estabas, Ormon?

—Aquí, en el club...

—¿En este despacho?

—No recuerdo si estuve aquí o en el salón. En todo caso, entro y salgo del despacho...

—Por consiguiente, tendrás una docena de bien amaestrados empleados que jurarán que te vieron aquí.

—No sé si se fijaron en mí y en la hora, pero estoy seguro de que alguno podrá atestiguar a mi favor.

—Por la cuenta que les tiene, ¿eh? —descolgó el teléfono sin perder de vista a Ormon y marcó el número de la Central. Cuando obtuvo comunicación dijo—: Habla Dugan. Póngame con Shikoski. Debe estar en mi propio despacho.

Esperó hasta que tuvo al detective a la escucha.

—¿Shikoski? Aquí Dugan. Toma un coche y ven inmediatamente al «Dakota Club». Que te acompañe alguno de los muchachos. Cuando llegues aquí, dirígete directamente al despacho del patrón. Cualquier camarero te indicará el camino.

—Salgo inmediatamente, teniente.

Colgó, sacó un cigarrillo y lo encendió.

—De manera —gruñó—, que Johnny asegura que no cobró su parte, ¿eh?

—Eso es lo que me ha dicho. Estaba, furioso.

—Quizá ha querido engatusarte, para que no pienses que él se ha quedado con todo el botín...

—¿Eso es lo que ha hecho?

—Posiblemente, aunque para conseguirlo haya tenido que

matar.

—Usted no conoce a Johnny, polizonte. No es capaz de asesinar a una mujer.

—No me hagas reír. Johnny Baker mataría a su abuela sin pestañear, si con ello podía embolsarse una buena cantidad de billetes.

—Teniente...

—¿Qué pasa?

—Déjeme sentar, estoy agotado...

—Ahí tienes tu sillón, pero ten cuidado con lo que haces si no quieres que acabe lo que he empezado antes.

Andando como un anciano, Ormon fue a hundirse en su asiento. Sacó un pañuelo para limpiarse la sangre que se deslizaba por su cara. Tras esto encendió también un cigarrillo y, esperó con actitud abatida y fatalista.

Quince minutos más tarde, Shikoski llegó en compañía de otro detective. Ambos miraron con alarmada curiosidad al maltrecho Ormon y luego se enfrentaron con el teniente.

Éste ordenó:

—Llévatelo y enciérralo. Incomunicado hasta nueva orden. Y cuando lo tengas en lugar seguro, busca a Bellamy y llévalo a mi despacho. Hablaré con él cuando regrese a la Central.

—¿Vamos a acusar a Bellamy?

—Depende de lo que nos diga. Sus huellas en el piso de Dorrie bastarán para apretarle el dogal al cuello.

Shikoski colocó las esposas en torno a las muñecas de Ormon, tras de lo cual lo sacaron del despacho sin mucha delicadeza. Dugan esperó todavía unos minutos. Luego abandonó también el ya casi desierto *cabaret* pensando que aquélla iba a ser una provechosa noche, porque Johnny Baker no tardaría en ir a reunirse con su compinche...

CAPÍTULO X

Sin embargo, Dugan se equivocó en su cálculo. Johnny Baker jamás podría reunirse con Harry Ormon como no fuera en el infierno.

La puerta de su lujoso apartamento estaba solo entornada y la luz interior encendida cuando el teniente llegó al rellano. Un tanto perplejo, avanzó, empujó la puerta y se coló al interior. Instantáneamente, olió el aire como un perro de muestra y distinguió el acre olor de la pólvora.

De un salto se plantó en el espacioso salón central. Johnny yacía de espaldas junto a un diván tapizado de piel blanca. Había sangre en su cara, y en la pechera de su alba camisa, y en la alfombra que le había recogido al caer.

Con una sonora maldición, Dugan inclinóse sobre el cadáver. Se dio cuenta de que hacía muy poco tiempo que había muerto, tan poco que no era descabellado pensar que el criminal quizá todavía estuviera escondido en el apartamento... Luego pensó en la puerta abierta y comprendió que no, que ya había huido con excesivas prisas.

No obstante, levantándose, desenfundó el revólver y recorrió las dependencias del apartamento hasta convencerse de que no quedaba nadie allí. Sólo entonces regresó al lado del que había sido Johnny Baker.

Un rápido examen le reveló que había muerto a causa de cuatro disparos, tres de ellos en el pecho y uno en pleno rostro. Eran orificios diminutos, producidos por proyectiles de pequeño calibre...

Seguro de que no encontraría huellas dactilares del criminal, descolgó el teléfono y avisó a los peritos de la Brigada de Homicidios. Tras esto, dedicó el tiempo de espera a registrar sin muchas esperanzas las pertenencias del tahúr. Tal como había

supuesto, no encontró nada que ofreciera interés para la investigación. No en vano Johnny Baker había sido un profesional del crimen, uno de los más listos que Dugan conociera jamás, aunque al final hubiera cometido un par de errores que, a fin de cuentas, le habían resultado fatales.

Claro que habría que esperar a que los muchachos pasaran el apartamento por un tamiz, pero no se hacía ilusiones sobre el resultado del registro.

Cuando sus hombres llegaron para hacerse cargo de la rutina, Dugan repartió sus instrucciones, miró la hora, y, con un gruñido, se dispuso a realizar algo que, inconscientemente, había estado aplazando por un extraño prurito sentimental.

Abandonó el edificio preguntándose por qué razón Johnny Baker había sido asesinado también. Baker había sido un chantajista esporádico, actuando sólo cuando tenía un buen botín a la vista. Si no era así, se mantenía quieto. Y no cabía duda que ochocientos noventa mil dólares eran un botín más que apetecible...

Condujo sin mucho entusiasmo hacia el apartamento que Dorrie ocupara hasta su muerte o, por lo menos, hasta que se trasladó al hotel «Pyramid», lugar elegido como base secreta desde la que realizar el gran golpe.

A Dorrie siempre le gustó vivir llamativamente, en consecuencia su apartamento estaba en uno de los edificios más nuevos y chillones de cuantos se habían construido en los últimos tiempos en toda la ciudad. Era una mole de acero y cristal que se elevaba hacia el infinito como una desafiante aguja. Había un brazo de calzada en forma U, en el centro del cual estaba la gigantesca entrada de aquel monumento. Día y noche, un servicio de porteros y ascensoristas garantizaban el bienestar de los inquilinos.

Dugan se enfrentó con el de turno y exhibió su credencial sin rodeos.

Dijo:

—Supongo que han leído ustedes la noticia de la muerte de su huésped, Dorrie Greaves. Quiero ver su apartamento.

—Seguro, teniente. Me preguntaba cuándo aparecerían ustedes por aquí.

—Tome su llave maestra y acompáñeme.

Era un apartamento pequeño, coquetón, instalado con todos los

adelantos y comodidades que el dinero puede ofrecer. Dugan miró a su alrededor sintiendo un duro nudo en la garganta. Imaginó que Dorrie había vivido allí, se había movido entre aquellas paredes, y allí dentro había soñado y amado, odiado y aborrecido...

—Déjeme solo —gruñó.

Oyó cerrarse la puerta y entonces movióse despacio, mirándolo todo con ojos inquisitivos, sin tocar nada de momento, sólo familiarizándose con el ambiente y el lujo que reinaban allí dentro.

Al cabo de unos minutos se dio cuenta que estaba detenido en el dormitorio, plantado sobre una alfombra rosada igual que una estatua. Reaccionó y empezó el registro por aquella habitación.

Se indignó consigo mismo cuando advirtió que sus dedos temblaban al revolver las finísimas prendas íntimas que abarrotaban los cajones. Se obligó a sí mismo a despersonalizar aquella tarea. No obstante, le costó un terrible esfuerzo conseguirlo.

No encontró nada en el dormitorio que pudiera serle de interés para la investigación, ni el menor indicio que fuera capaz de insinuarle en qué lugar Dorrie había escondido la fortuna tan fácilmente adquirida.

Después, y sin apresurarse, prosiguió el registro por el resto del apartamento. Descorazonado, comenzaba a pensar que también allí perdería el tiempo cuando se detuvo ante una fotografía de Dorrie, puesta en un fino marco de plata. Era el hermoso rostro de la mujer sensual y lleno de vida. En su imaginación, lo vio deshecho y ensangrentado en la acera y apretó las mandíbulas. Pero separó la foto del marco y se la guardó en un bolsillo.

Le quedaba por revisar el pequeño secreter empotrado en una librería, en cuyos estantes apenas si había media docena de libros, pero sí una gran profusión de objetos de adorno, muñecos y *bibelots*.

Lo primero que encontró que le llamase la atención fue una libreta de apuntes. La revisó rápidamente, leyendo una profusión de nombres y números de teléfono que le desconcertó. Pero fue otra cosa lo que empezó a abrirse paso en su imaginación, una especie de timbre de alarma que despertaba sus sentidos, aunque sin poder captar el significado de aquella extraña sensación. Acabó guardándose la libreta en el mismo bolsillo donde guardara la fotografía.

Los cajones estaban repletos de cuentas saldadas, facturas de

modistas y almacenes, listas de lavandería, recibos del alquiler, sobres viejos, notas perfectamente inútiles...

Lo leyó todo concienzudamente, empleando para ello más de una hora. Finalmente, cerró aquel cajón con un golpe brusco. Abrió el otro, más pequeño, y que contenía papel de cartas, sobres nuevos, una pluma estilográfica, un bolígrafo y un paquete de tabaco en el que quedaban dos cigarrillos.

También había un sobre azul, alargado, con un diminuto membrete en una esquina. No llevaba dirección alguna. El membrete decía:

TAHOE TOURS

Perplejo, trató de comprender qué significaba aquello. Nunca había oído semejante nombre..., excepto sí lo aplicaba al lago Tahoe, en la divisoria con el Estado de Nevada.

El sobre fue a hacer compañía al escaso botín obtenido del registro.

Todavía permaneció unos minutos más en el apartamento, absorto en la contemplación de cuánto le rodeaba, todo lo cual no hacía más que recordarle a la mujer que había vivido en él.

Finalmente, con un esfuerzo de voluntad, volvió a la calle para hundirse en la noche con sus recuerdos, su amargura y su desconcierto.

Durante todo el trayecto hasta su oficina no cesó de pensar en la libreta de notas y en su extraño influjo, y en el significado de aquel sobre azul sin dirección alguna, sólo un diminuto membrete en una esquina.

Pero la presencia de Bellamy en su despacho hizo qué olvidara todo esto por el momento.

Bellamy le espetó:

—No comprendo por qué me han traído, teniente. Y menos a estas horas intempestivas. Es un atropello incalificable por el cual estoy tentado de demandarles.

—Todo el mundo me amenaza con demandarme esta noche —se dejó caer cansadamente en su sillón y lo basculó hacia atrás buscando una postura más cómoda—. Voy a encerrarle, Bellamy.

Lo dijo en el mismo tono cansado de voz. Pero Bellamy dio un

salto.

—¿Encerrarme? Está loco, teniente, si cree que puede...

—¡Cállese!

—¿Qué demonios...?

—¡Cierre la boca!

Bellamy titubeó unos instantes, pero advirtió que el policía no estaba dispuesto a soportar desplantes y volvió a sentarse en silencio. Dugan gruñó:

—Así está mejor. Usted me mintió, Bellamy. Y mintió en algo tan grave que puede ser acusado de asesinato en primer grado. Tiene la oportunidad de explicarse, pero no la desaproveche porque no le daré otra.

—No comprendo nada... ¿En qué le mentí?

—Usted dijo que había reñido con Dorrie hace cinco meses.

—Y así fue. Eso es tan cierto como la Biblia.

—Sí, seguro. También afirmó que no había vuelto a verla desde entonces, ¿no fue así?

—Justamente...

—No obstante, eso no es cierto.

—¿Cómo puede afirmarlo tan rotundamente? Es su palabra contra la mía.

—No sé si es usted idiota, o su ingenuidad llega a alturas asombrosas. ¿No sabe usted qué significan las huellas dactilares?

—¿Qué?

—La suyas han sido halladas en la habitación del hotel «Pyramid» donde se alojó Dorrie hasta su muerte. Y ella llevaba instalada allí solamente un par de semanas. ¿Cree que ahora puede seguir sosteniendo su postura?

—Ya veo...

Dugan se enderezó para encender un cigarrillo. Sus ojos como rendijas no se apartaban del agradable rostro de Bellamy, contraído por la preocupación.

—¿Y bien? —le instó.

—Usted gana, teniente. Debí suponer desde un principio que eso sucedería.

—Por supuesto.

Bellamy suspiró.

—Creo que fui un estúpido, ¿sabe usted? Pero Dorrie había

ejercido un poderoso influjo sobre mí... Naturalmente, nada sentimental, entiéndame, sino puramente físico.

—¿Y qué tiene eso que ver con sus huellas en la habitación del hotel?

Bellamy hizo una mueca.

—Ella me telefoneó —dijo.

Dugan se enderezó, desconfiado...

—Acláreme eso. —¿Cuándo le telefoneó?

—Dos días antes de su muerte, mejor dicho, dos noches, porque ya eran más de las nueve cuando llamó.

—Está bien, siga.

—Me dijo que no estaba muy segura de haber obrado cuerdamente al decidir separarse de mí. Dio a entender que tenía dificultades.

—¿Qué clase de dificultades?

—Eso no lo aclaró. Pero, en definitiva, me notificó que estaba instalada en el hotel «Pyramid» y que le gustaría mucho verme. Por supuesto, fui.

—¿Y qué sucedió?

—Una cosa absurda. Me recibió bien, bebimos unos tragos y hablamos de lo bien que lo habíamos pasado mientras estuvimos juntos. Pero cuando la pregunté, qué clase de apuros eran los suyos, se echó a reír, confesó que había sido un ardid para obligarme a acudir a la cita.

—De modo que fue así...

—Le estoy diciendo la verdad, teniente.

—Un poco tarde, ¿no cree?

Bellamy hizo un gesto fatalista.

—¿Qué quiere usted? Tuve miedo cuando usted me interrogó. Pensé que quizá no descubrirían ustedes mi visita a aquella habitación... Por supuesto, calculé que mis huellas estarían allí, pero debía haber muchas otras de modo que eso no me preocupó.

—Está bien, supongamos que ahora dice la verdad. Pero me sorprende que Dorrie se comportase de ese modo cuando ya tenía en su poder una auténtica fortuna. Ella, para entonces, estaba ya asustada por la amenaza recibida... ¡Demonios, la amenaza, la maldita nota!

Casi se levantó a causa de la excitación. Luego volvió a sentarse

con el ceño fruncido, concentrado en sus reflexiones.

Bellamy, sorprendido, estuvo mirándole hasta que se levantó.

—Espere aquí —dijo—, vuelvo en un minuto, el tiempo de ir al laboratorio y volver.

Bellamy quedó solo, sintiéndose presa de una creciente inquietud. Se llamó estúpido una y otra vez por no haber previsto aquel tremendo fallo de las huellas en la habitación. Pero se esforzó por tranquilizarse, de modo que al regreso del teniente su rostro estaba en calma y sólo reflejaba curiosidad.

—¿Está seguro que ahora me ha dicho la verdad, Bellamy? —La voz del teniente delataba también cierto nerviosismo, que no pasó inadvertido para el interrogado.

—Absolutamente, y lamento no haberlo hecho desde un principio. Fui un estúpido.

—Lo fue en muchos otros aspectos, Bellamy, pero ya es demasiado tarde para rectificar. Puede marcharse, aunque volveremos a llamarle para que haga una aclaración definitiva.

—¿Cuándo?

Dugan vaciló imperceptiblemente.

—Tal vez mañana. Buenas noches.

—Gracias por su comprensión, teniente.

Bellamy salió del despacho cerrando suavemente la puerta. Dugan permaneció inmóvil, pálido, y con la mirada perdida en la puerta que acababa de cerrarse.

Realmente, pensó, aquél no era un crimen de profesional...

FINAL

Durante unas cuantas millas, la carretera discurría paralela al río Mokelumne. Clay Dugan, agarrado al volante, mantenía la mirada clavada ante sí, como si en vez de la carretera estuviera viendo visiones de pesadilla.

A su lado, Shikoski fumaba sin atreverse a formular ninguna de las preguntas que le preocupaban desde que salieron de San Francisco. De vez en cuando daba un vistazo al crispado rostro del teniente y la expresión de éste contribuía a su mutismo.

Dugan detuvo el coche a la entrada de Jackson City, frente a un bar desierto.

—Vamos a tomarnos un café, Shikoski —gruñó—. Nos despejará.

—Conforme. Después conduciré yo, teniente. Estamos poco más o menos a la mitad del trayecto.

—Está bien.

No permanecieron en el bar más que el tiempo justo de tomar unos bocadillos y café negro. Inmediatamente después, Shikoski tomó el volante y reanudaron la marcha por la soleada autopista que ya empezaba a encaramarse a las montañas.

El silencio prosiguió durante unas millas más, pero finalmente Shikoski no pudo contener por más tiempo su curiosidad y preguntó:

—¿Usted cree realmente que encontraremos el dinero, teniente?

—Por lo menos, así lo espero. Puedo estar equivocado... pero casi juraría que no. El encargado de la agencia «Tahoe Tours» ha sido terminante en su informe.

—Usted no me ha dicho apenas nada de esa visita que ha realizado esta mañana, de modo que estoy a oscuras al respecto.

—Prefiero no hablar de eso, a menos que haya acertado. Si no es así y todo es un error mío, podrás decir que estamos peor que al

principio.

—¿Ha pensado que vamos a meternos en un terreno que no nos pertenece? Deberíamos poner en antecedentes al *sheriff* de Tahoe antes de seguir adelante.

—¡Al demonio con eso! Le informaremos cuando hayamos terminado, si es que encontramos algo para informar.

Shikoski decidió cerrar la boca, ya que no podía averiguar lo que más le intrigaba. Por otra parte, debía prestar creciente atención a la ruta, por cuando habían entrado en el sinfín de cerradas curvas que se encaramaban en las montañas, por entre hermosos bosques de pinos de California. En otras circunstancias, ambos hombres hubiesen podido gozar del maravillosa y salvaje panorama, pero en ese viaje ni uno ni otro estaban de humor para contemplar el paisaje.

Dejaron atrás Placerville sin detenerse, y pocas millas, más adelante atravesaron también la población de Camino. Rodaban por la cima de los montes, y casi enseguida la carretera empezó a descender hacia un hermoso valle, para encaramarse al otro lado por la serpenteante ruta que les llevaría a lo que muy bien podía ser el final del caso y, por consiguiente, el triunfo, o, por el contrario, al más estrepitoso de los fracasos.

Al remontar las montañas del otro lado del valle se extendió ante sus ojos un paisaje de increíble belleza, al fondo del cual brillaban las quietas aguas del lago Tahoe, y más al norte, pegada a la orilla, la población del mismo nombre. Dugan se enderezó y estuvo contemplando el lago a medida que se acercaban, hasta que lo perdió de vista al hundirse en la espesura de árboles gigantescos que amenazaban con invadir la carretera.

—Debe haber una oficina de la agencia «Tahoe Tours» al borde de la ruta —indicó Dugan—. Nos detendremos en ella.

No tardaron ya en localizarla. Shikoski arrimó el auto al estacionamiento de la agencia. Había dos enormes autocares aparcados allí, ambos con las siglas de la compañía de turismo. Dugan dijo al apearse:

—Espera aquí; no tardaré más de un minuto.

—*Okay*, mientras tanto daré la vuelta al coche.

Maniobró expertamente, al tiempo que el teniente entraba en la oficina y mostraba una hoja de papel con membrete de la agencia.

Había una anotación en ella, anotación que mostró al joven encargado.

—Busco esa cabaña. En su oficina de San Francisco me han dicho que la reservaron ustedes junto con dos pasajes.

—En efecto. La encontrará fácilmente siguiendo el desvío de la derecha. Verá que se acercan a la orilla del lago. Esa cabaña es la última que hay antes de llegar a la playa. Tiene un pino gigantesco en el jardín delantero, de modo que no tiene pérdida.

—Gracias, eso es todo.

Regresó al coche, dio las oportunas instrucciones a su compañero y éste deslizó el coche por el ancho sendero que se adentraba en el bosque.

Minutos después, la cabaña apareció ante su vista. Dugan ordenó con voz tensa:

—Para aquí y deja el coche entre los árboles. De ahora en adelante; ya sabes qué tienes que hacer.

—De acuerdo, teniente. Buena suerte.

Dugan anduvo hacia la verja que rodeaba el jardín de la cabaña. Se detuvo a contemplar el glorioso espectáculo del lago, surcado por frágiles embarcaciones de deporte. Algunos bañistas se zambullían en la orilla y hasta él llegaron sus risas alegres.

Más adentro, casi en el centro, se mecía suavemente un hidroavión deportivo pintado de blanco y azul. Más allá del aparato, aunque no había ninguna señal que lo indicara, se extendía ya el Estado de Nevada.

Dugan suspiró y reanudó la marcha, yendo a detenerse ante la puerta de la cabaña. Llamó a la puerta y esperó conteniendo sus nervios.

No hubo respuesta. Probó el tirador, pero estaba cerrada con llave, de modo que decidió dar un vistazo a las ventanas. La segunda que examinó estaba abierta y se coló al interior sin titubear.

Correspondía a una habitación pequeña que contenía una cama con sus ropas en desorden, un par de sillas y un armario. Siguió adelante, yendo a parar a la sala central amueblada con estilo rústico y confortable. Había una gran chimenea de piedra al fondo, y al lado de la chimenea, inmóvil, una mujer pelirroja de ardiente belleza.

Clay Dugan notó cómo todas las fibras de su cuerpo sufrían una sacudida. Los nervios le obligaron a adoptar una postura rígida, como petrificado, mientras luchaba al mismo tiempo para recobrar la voz que había perdido a causa del estupor.

Tras esos esfuerzos pudo murmurar con acento de reprimido odio.

—Sabía que te encontraría aquí, Dorrie.

La mujer no se movió. Sus grandes ojos miraban al policía como si estuviera en presencia de un fantasma.

Sin embargo, el que tenía razones más que suficientes para creer en fantasmas era Dugan, puesto que él había visto a aquella mujer aplastada contra la acera, hecha una piltrafa sangrienta e informe.

—¿No tienes nada que decirme, Dorrie? —insistió.

Su voz era ronca, tan tensa como sus nervios.

Avanzó unos pasos acercándose a la mujer que tanto daño le causara tres años atrás, y que ahora aparecía ante él cómo resucitada, vuelta del mundo de los muertos.

Algo doloroso estaba desgarrándose dentro de él. Dugan sufría con ello, pero en comparación con la monstruosidad de lo que adivinaba, su propio dolor no importaba. Se detuvo a pocos pasos de ella, mirándola con ojos que despedían llamas.

—Jamás creí que tu perfidia pudiera llegar a esos extremos, Dorrie. Eres un ser vil y repugnante al que me avergüenzo de haber amado en otro tiempo.

Por fin ella recobró la voz y murmuró:

—De entre todos los malditos polizontes, has tenido que ser tú quien, apareciese aquí... ahora. Podrás sentirte orgulloso de tu éxito.

—¿Orgulloso? Estás en un error. Hubiera preferido que todo se hubiese desarrollado de otra manera. Te juro que todavía ahora no puedo comprender cómo ha podido cegarte tu maldita ambición hasta ese extremo.

—Por favor, discursos moralizantes no, Clay. Traté de aprovechar una oportunidad única, eso es todo.

—Está bien, no hay ninguna necesidad de perder el tiempo aquí. Recoge tus cosas más imprescindibles. Te llevaré conmigo.

—¿Estás seguro que eso es lo que realmente deseas hacer?

—Absolutamente. Date prisa.

—Supongo que ya estás enterado de la cantidad de dinero que le saqué a Haskell... Podríamos llegar a un acuerdo tú y yo, Clay. Tendrías una fortuna en tus manos...

—Dinero manchado con sangre, Dorrie. La sangre de una mujer inocente, cuya única culpa fue tener el cabello de tu mismo color y parecida complexión física, y la de Johnny Baker, del que te libraste inmediatamente antes de dirigirte hacia aquí. No quisiste repartir el botín con él, ¿verdad? Supongo que si aceptase tu oferta mañana amanecería con la cabeza separada del tronco.

—¡Por favor, Clay! No te pongas melodramático.

Rió nerviosamente. Dugan apretó los puños para contenerse. El frío cinismo de aquella mujer amenazaba con hacerle estallar.

—Tus cosas, Dorrie, o te llevaré sin equipaje.

—Está bien; veo que sigues siendo tan estúpido como antes. Nunca tendrás un centavo.

Él no replicó. Tras una vacilación, Dorrie se acercó a una puerta y la abrió.

—Un minuto tan solo, polizonte —dijo.

Pero no llegó a entrar dentro de la habitación, porque en el mismo instante que ella abría la puerta, un hombre salió por ella. Era un tipo alto y delgado, de cabellos rubios, y que empuñaba un revólver del 38 con mano firme. Vestía unos pantalones de pana y una cazadora de cuero negro.

—Ya ha hablado usted bastante, polizonte —dijo con una voz suave y amenazadora—. Saque su revólver y déjelo caer al suelo. No crea ni por un segundo que no dispararé si se siente héroe.

—Usted es nuevo en este embrollo —gruñó Dugan sin obedecer—. Imagino que también le ha engatusado con la promesa de una parte del botín.

—¡El revólver! —ordenó el desconocido.

—¿Para qué? Va a tener que matarme de todas formas, porque no les dejaré escapar con arma o sin ella.

—No diga más tonterías. Usted se quedará aquí, vivo si es inteligente y deja que le amarre a una silla. O muerto si lo prefiere así. Por mí...

—¿Cómo piensan escapar? Todo lo que podrán conseguir será una corta ventaja si me deja vivo, porque los perseguiré hasta el infierno tan pronto me libre de las cuerdas.

—Le permito que sueñe todo lo que quiera. ¿De quién cree que es el avión que hay en el lago? Dentro de unas horas estaremos fuera del país y entonces le desafío a que nos encuentre. ¡Y ya basta! Saque su revólver.

Dugan suspiró. Con vez seca, mirando a Dorrie, exclamó:

—Bueno, ahora te toca a ti, Shikoski.

El piloto pegó un respingo y exclamó:

—¿Qué demonios...? Es usted idiota si cree que nos cazaré con esa vieja trampa...

Antes que terminase de hablar, sonó un estampido procedente de la ventana. Hubo un ruido de cristales rotos y un grito de dolor. El revólver que amenazaba a Dugan saltó de la mano del desconocido junto con dos de sus dedos, arrancados por el proyectil disparado por Shikoski, el cual estaba abriendo la ventana en aquel momento.

Dugan empuñó entonces su propia arma. Había una expresión amarga en su rostro cuando apuntó a Dorrie.

—No me obligues a herirte, Dorrie —dijo—. No tienes ninguna esperanza de escapar, así que pórtate bien.

Shikoski acabó de entrar y se acercó al herido, que sostenía su mano ensangrentada contra su pecho.

—Bueno, pude haberte matado —comentó Shikoski, como si esto lo explicara todo.

Instantes después, las suaves muñecas de la mujer quedaban sujetas por unas esposas. Dugan la miró con pena.

—Supongo que imaginaste cometer el crimen perfecto, ¿no es cierto? Sólo que cometiste demasiados errores... Para un asunto como ese debiste confiar en un profesional. Alguien como Baker, al que supongo que engañaste desde el principio.

Ella no replicó. Shikoski la miraba con el ceño fruncido. Dugan preguntó secamente:

—¿Quién era la mujer que cayó desde tu ventana?

En lugar de responder, Dorrie masculló:

—Averígualo. Si has descubierto todo lo demás, bien puedes seguir adelante hasta que consigas saberlo. A propósito, ¿cómo has podido saber que estaba aquí?

—No lo hubiera descubierto nunca a no ser por tu primer error: la nota amenazadora.

—¿Qué pasa con ella? No podías identificar la letra...

—No, pero sí el papel. Había sido arrancado de tu propia libreta de apuntes. Eso me hizo pensar que un asesino profesional jamás hubiera cometido esa equivocación. Después, pedí al laboratorio que tomaran las huellas del cadáver de la mujer y las comparasen con las de tu apartamento privado. No correspondían, pero sí eran idénticas a las halladas en la habitación del hotel «Pyramid». Las otras del hotel eran las tuyas... Después de eso, tomé en consideración un sobre azul.

—¿Qué?

—Tu otro error. El sobre con el cual la agencia «Tahoe Tours» te entregó los dos pasajes y la reserva de esta cabaña. ¿Cómo fuiste tan estúpida de no destruirlo?

—Nunca se me ocurrió que un sobre sin nada escrito pudiera ser tan peligroso.

Hacía gala de una serenidad que estaba muy lejos de sentir. Su bello rostro estaba intensamente pálido y sus manos temblaban imperceptiblemente.

El aviador gruñó:

—¿Por qué no dejan de hablar de una condenada vez? Necesito un médico. Estoy desangrándome...

Nadie le hizo el menor caso. Dugan añadió:

—El encargado de la agencia ha reconocido tu cara tan pronto le he mostrado la foto sacada de tu apartamento. Sólo que me ha informado de que los pasajes y la reserva estaban a nombre de señor y señora Devery. Este pudo haber sido un ardid inteligente, puesto que si la policía te buscaba, andaría detrás de una mujer sola, no de un matrimonio. Sólo que también te ha fallado...

Al fin, Dorrie abatió la cabeza. Unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Dugan no supo si lloraba a causa de la situación en que se hallaba, o por la pérdida del dinero y por el fracaso de todos sus ambiciosos proyectos.

—Ahora sólo falta que me digas dónde tienes los ochocientos noventa mil dólares y podremos marcharnos, Dorrie. Tu nuevo admirador está desangrándose, tal como ha dicho antes.

Fue el herido quien dijo apresuradamente:

—En la habitación, dentro de una maleta... ¡Pero dense prisa! Voy a quedarme sin una gota de sangre...

Shikoski fue por el maletín. Cuando volvió con él en la mano, miró a Dugan con expresión interrogativa.

Éste indagó:

—¿Lo has abierto?

—Sí. Está lleno de fajos de billetes, pero no los he contado.

—Muy bien, llévala al coche. Y usted, andando también.

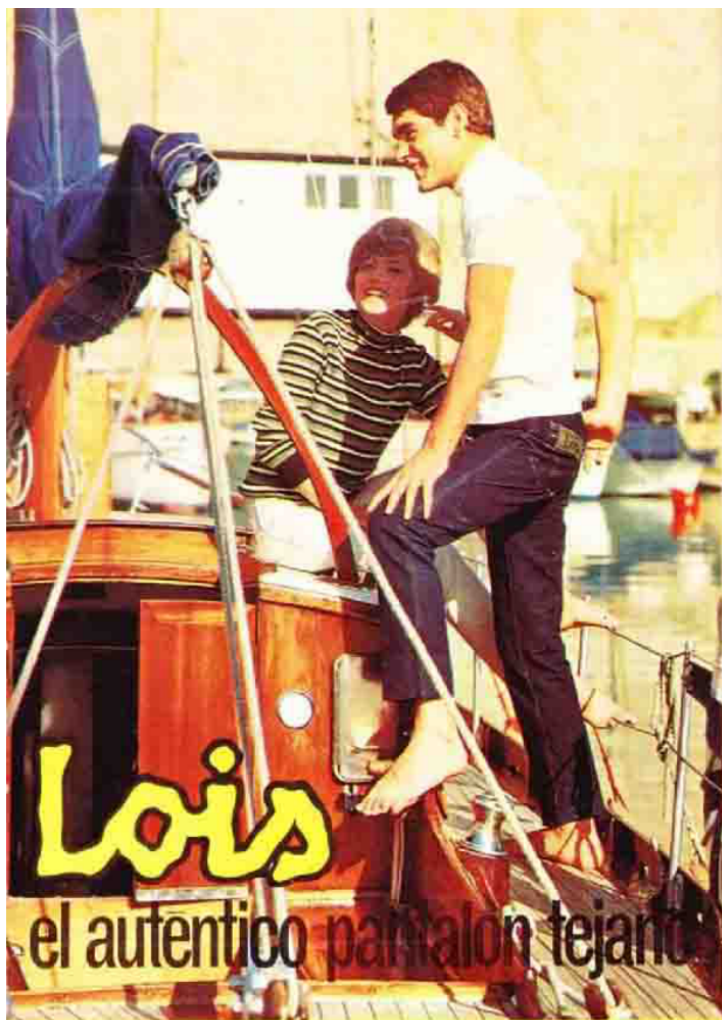
Salieron uno tras otro. Dugan recogió el revólver del herido.

Pronto el coche estuvo rodando de regreso a San Francisco, entre las protestas del aviador y el silencio de la mujer. En su fuero interno, el teniente agradeció aquel silencio, por cuánto le evitaba la amargura de tener que hablar con la mujer que tanto daño le causara...

Luego se alegró de que nadie hablase porque pudo concentrar sus pensamientos en otra mujer, angelicalmente bella, cuya boca, besándole con extraño fuego, le había revelado el camino a seguir para conseguir de nuevo la felicidad que creyera perdida para siempre.

Al fin tenía un nuevo horizonte: Debby.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

